J. B. Priestley

EDÉN TÉRMINO



J. B. PRIESTLEY

EDÉN TERMINÓ

(EDEN END)
COMEDIA EN TRES ACTOS



Traducción del inglés por
ROSA CHACEL y VERA MACAROW



AGUILAR



J.B. Priestley

EDEN TERMINO

(EDEN END)

COMEDIA EN TRES ACTOS

Traducción de
ROSA CHACEL Y VERA MACAROW



EDÉN TÉRMINO *fue estrenada en el Duchess Theatre, de Londres, durante el otoño de 1934 y, en el momento en que escribo estas notas, está a punto de ser repuesta en el mismo local. Siempre ha sido una de las obras favoritas de las compañías de repertorio más solventes de Inglaterra, pero nunca ha sido popular en el extranjero, aunque, cuando estuve en Rusia, en el año 1945, el gran Teatro de las Artes, de Moscú, proyectaba ponerla en escena. Releyéndola últimamente, a causa de su reposición, me he preguntado cómo llegaría a escribir esta obra, pues todo en ella es imaginado—jamás he conocido a gentes como las que componen la familia Kirby—y no hay nada en mi propia existencia que pudiera sugerirme este tema particular de la patética hija pródiga. Pero el escribirla me produjo una honda satisfacción, y recuerdo perfectamente aquel exquisito atardecer estival en que di cima al último acto, la suave luminosidad del día moribundo en mi última página. Estuve meditando mucho tiempo acerca de los personajes que aparecen en esta comedia y acerca de sus vidas, y en seguida la escribí rápida y fácilmente, siendo esta, en mi opinión, la forma en que deben escribirse las comedias. La dilatada reflexión crea profundidad y riqueza, y la rápida composición obliga a la mente toda, y no meramente a su mitad frontal, a dedicarse de lleno a la tarea.*

Esta obra fue estrenada el 13 de septiembre de 1934, en el Duchess Theatre, de Londres, con el siguiente reparto, por orden de aparición:

WILFRED KIRBY	John Teed.
SARAH	Nellie Bowman.
LILIAN KIRBY	Alison Leggatt.
DOCTOR KIRBY	Edward Irwin.
STELLA KIRBY	Beatrix Lehmann.
GEOFFREY FARRANT	Franklin Bellamy.
CHARLES APPLEBY	Ralf Richardson.

Dirigida por IRENE HENTSCHEL.

Acto I: Martes por la tarde.
Acto II: Viernes por la tarde.
Acto III: Escena I: Sábado por la noche.
Escena II: Domingo por la tarde.

La acción se desarrolla en el salón de la casa del doctor Kirby en Edén Término, al norte de Inglaterra, a fines de octubre de 1912.

ACTO PRIMERO

Salón en la casa del DOCTOR KIRBY, en Edén Término. Es una tarde de principios de otoño, en el año 1912. La habitación es confortable, con huellas de un largo uso, amueblada al gusto de una época anterior. Al fondo una puerta, de ser posible sobre unos peldaños, que da acceso al resto de la casa. Una puerta a la derecha que da a un pequeño cuarto, antes cuarto de los niños y ahora usado por SARAH para trabajos menudos. Salvo indicaciones en contra, todos los personajes entran y salen por la puerta principal de la izquierda. Una ventana a la izquierda que da hacia un cerro distante de color verde-gris, como se ven en las provincias del Norte, un estante para libros en la pared de la derecha. Un teléfono colocado bien a la vista en un ángulo, junto a la puerta de la izquierda. Al frente, al lado izquierdo, un piano vertical y un viejo taburete. Al levantarse el telón se ve a WILFRED sentado al piano, aplicadamente, tocando con un dedo el estribillo del vals *Amor gitano*, agregándole de cuando en cuando unos acordes de acompañamiento con la mano izquierda. Lleva un traje de «tweed», con camisa de hilo y corbata oscura. Tiene unos veinticuatro años, y aunque quemado por el sol y en posesión de un pequeño bigote, parece un joven poco sofisticado, más bien débil. Después de unos minutos, durante los cuales va adelantando algo en la ejecución del vals y hasta trata de cantar la melodía, entra SARAH por la puerta de la derecha, llevando un montón de ropa que acaba de planchar en el pequeño cuarto contiguo. SARAH es una vieja niñera del Norte, que representa unos setenta años, un ser algo raro, a la vez sencillo y astuto, muy terrenal. Se deja esclavizar por toda la familia, pero les habla todavía con indulgencia, como si fueran niños.

WILFRED.—Me sale, Sarah, me sale.

SARAH.—Bastante tiempo llevas esforzándote.

WILFRED.—Escucha, por favor. *(Toca otra vez y ella se para, a mitad de camino entre las dos puertas, para escuchar.* WILFRED, *volviéndose.)* ¿Qué te parece?

SARAH.—Suena casi como es debido.

WILFRED.—Nada de «casi». ¿Qué más quieres?

SARAH.—Bueno, no digo que no lo hagas bien. Pero nunca le darás aquella expresión que le daba Stella. Eso no lo conseguirás en tu vida.

WILFRED.—¿Llevas la cuenta de las veces que me lo has dicho?

SARAH.—Para tocar y cantar, y cosas de esas...

WILFRED.—Era maravillosa. Ya lo sé. Pues bueno, yo también soy maravilloso.

SARAH.—Tú eres un chico muy desordenado.

WILFRED.—Yo no soy un chico.

SARAH.—Buena pejiguera me ha dado tu ropa.

WILFRED.—¿Hiciste algo en mi camisa azul?

SARAH.—Sí, ya está remendada. Y otras dos además, y dos del doctor.

WILFRED.—Cuando estoy en Africa, Sarah, son mujeres negras las que me lavan la ropa.

SARAH.—Recuerdo que vi una vez cuatro mujeres negras en la feria de Martinbro. Eran tan negras como tus zapatos y con el pelo acaracolado.

WILFRED.—Donde yo trabajo cuando me voy de aquí hay miles y miles de gentes así, y yo soy su jefe. Y luego, cuando vengo a casa con licencia, me llamas chico.

SARAH.—Recuerdo también que aquellas mujeres estaban todo el tiempo hurgándose los dientes con un palito. Me parece que fue el año en que te las arreglaste para caerte al estanque, a la salida de Martinbro. No eras más que un mocoso y llevabas puesto tu mejor traje de marinero. *(Va hacia la puerta de la izquierda.)*

WILFRED.—¿Qué harías tú si vieras de pronto un hipopótamo?

SARAH.—Ni sé cómo son. Ahora no tengo tiempo para ocuparme de esas cosas.

WILFRED.—Sarah, ¡mi vieja buenaza!

SARAH.—Sigue con tu piano y procura hacerlo mejor. *(Sale.* WILFRED *empieza a tocar otra vez, luego lo deja, como descontento de sí mismo, pero oyendo que alguien entra por la puerta de la izquierda se zambulle apresuradamente en una estruendosa e incorrecta interpretación del vals. Entra* LILIAN. *Tiene uno o dos años más que su hermano; ni bonita ni fea. Vestida esmeradamente, pero sin elegancia, con ropa de casa. Tiene un carácter más dulce de lo que aparenta por lo que dice y hace. Cuando no se refugia en la ironía es viva y vehemente. Va hacia el estante y toma un libro que está abierto encima.)*

LILIAN.—¿Qué es ese horrible bochinche?

WILFRED.—Es el vals de «Amor gitano».

LILIAN.—Me resulta un batiburrillo.

WILFRED.—Es que no sé tocarlo como es debido.

LILIAN.—Eso es evidente.

WILFRED.—Tendrías que oír cómo lo tocan Gertie Millar y Robert Michaelis.

LILIAN.—*(Con ironía.)* ¡Qué maravilla!

WILFRED.—*(Sin hacerle caso, con vehemencia.)* Mira, no sé por qué, pero me arrebató. Supongo que no vale nada, sin embargo.

LILIAN.—*(Tratando de leer.)* Claro que no.

WILFRED.—Ya, pero imagínate. *(Se interrumpe.)* Bien podías escucharme, Lilian. ¡Qué diablos, no siempre estoy aquí para hablar contigo! Y yo a ti te escucho.

LILIAN.—*(Interrumpiendo su lectura.)* Sigue, entonces.

WILFRED.—*(Cada vez con más calor.)* Imagínate. De vuelta de Africa. Mi primera noche de licencia. Una magnífica comida con otros dos tipos de la Compañía. Luego, al Daly. Las luces, ¡y qué elegantes todos en la sala! Chicas asombrosas, la orquesta tocando y, después, Gertie Millar... y... ¡Oh, todo!... ¿Sabes, Lilian? Sentí algo muy raro. Casi lloré.

LILIAN.—¿De veras?

WILFRED.—No lloré de veras, bueno; pero faltó poco. Sentí como si llorase.

LILIAN.—Excepto eso, todo lo demás me lo contaste ya como veinte veces.

WILFRED.—*(Con calor.)* No es cierto.

LILIAN.—Perdóname, pero lo es. Puedo decirte los nombres de los tipos, como tú dices, que fueron contigo esa noche. Uno se llama Patterson, y viene de Cumberland y es un buen jugador de fútbol. El otro se llama Bell... Bell... Bellingham...

WILFRED.—*(Mohíno.)* Bellington.

LILIAN.—Eso es. No hay mucha diferencia. Se llama Bellington, y viene del Devonshire y además tiene una hermana que está casada con un capitán de la Armada. ¡Ya ves!

WILFRED.—*(Levantándose, ofendido.)* Lo siento. No me daba cuenta de que te estaba aburriendo.

LILIAN.—*(Empezando a leer.)* No me estabas aburriendo. No te disculpes. *(Lo mira mientras él mira por la ventana.)* A propósito, ¿no tendrías gana de ir hasta el pueblo para llevarle un pedido a Gregson?

WILFRED.—No, gracias.

LILIAN.—Entonces, me parece que tendré que ir yo, y pronto *(Vuelve a leer.)*

WILFRED.—*(Volviéndose para mirarla.)* ¿No te cansas nunca de leer?

LILIAN.—*(Sin levantar los ojos.)* Sí.

WILFRED.—Siempre estás leyendo.

LILIAN.—*(Sin levantar los ojos.)* No. Paso la mayor parte del día cuidando las cosas de la casa y ocupándome de papá y de ti, cuando estás aquí.

WILFRED.—Sí, pero en el mismo momento en que terminas te pones a leer. ¿Qué es eso?

LILIAN.—El nuevo libro de Wells, «Matrimonio». *(Sigue leyendo.)*

WILFRED.—No acabas nunca de leer a H. G. Wells. No sé cómo lo soportas. Yo no puedo con él. Parece que no le «gusta nada». ¿Para qué leer si le hace a uno sentirse molesto? Ya es todo bastante malo en la vida.

LILIAN.—*(Siempre leyendo.)* Solo es estúpido.

WILFRED.—¿Por qué? (LILIAN *no contesta y sigue leyendo.)* Geoffrey Farrant decía exactamente lo mismo el otro día. (LILIAN *levanta los ojos. El suelta una carcajada.)* Ya sabía yo que eso te haría levantar la mirada.

LILIAN.—*(Enfadada.)* No seas absurdo. *(Con vacilación.)* ¿De veras lo dijo Geoffrey?

WILFRED.—*(Con sorna.)* ¡Ah, te gustaría saberlo!

LILIAN.—No tiene la menor importancia.

WILFRED.—¿Vendrá Geoffrey esta noche?

LILIAN.—No sé. Tal vez.

WILFRED.—*(Paseándose por el cuarto, después de encender un cigarrillo.)* ¡Este Geoffrey! Dios mío, cuando yo era un chico de catorce años me parecía maravilloso. Eso era cuando él estaba loco por Stella. No cabe duda de que entonces era mi héroe: un verdadero soldado, un capitán herido en la guerra de los bóers. Yo acostumbraba seguirlo como un perrito. Seguramente le molestaba cuando quería quedarse a solas con Stella. Ella le tomaba el pelo diciéndole que venía únicamente para ser mi héroe. Hace ya mucho tiempo de esto. Casi diez años. Escucha.

LILIAN.—*(Con cansancio.)* ¿Qué?

WILFRED.—¿Ves mucho a Geoffrey ahora? ¿Habla alguna vez de Stella?

LILIAN.—*(Breve.)* No, ¿por qué va a hablar? Dame un cigarrillo.

WILFRED.—¿Para qué, si no fumas?

LILIAN.—Fumo cuando quiero. Dame uno, por favor. *(Alarga la mano.)*

WILFRED.—Está bien. Christabel Pankhurst. *(Le da uno.)* Pero cuidado con marearte.

LILIAN.—¿Por qué me voy a marear? Me mareo menos que tú. Tú mismo admites que siempre te mareas.

WILFRED.—Eso es diferente. Además, intenta cruzar el golfo de Vizcaya en invierno, como lo he hecho yo tres veces.

LILIAN.—También el día que subimos los dos al columpio, en la feria de Martinbro, te mareaste horriblemente y yo no. *(Enciende con torpeza el cigarrillo, luego aspira demasiado hondo y tose.)*

WILFRED.—Ya ves. Ten cuidado. ¿Y si viene papá?

LILIAN.—No le importará. A mamá le habría importado, pero a papá no. *(No logra fumar bien.)*

WILFRED.—Uno de los tipos de Nigeria me dijo que su padre no le dejaba hacer «nada». Era terriblemente severo. Por eso se fue.

LILIAN.—Feliz él.

WILFRED.—*(Yendo hacia el teléfono.)* ¿Sabes? Cuando vi el teléfono flamante pensé que me divertiría mucho con él, pero no fue así. No hay nadie a quien se pueda llamar aquí, en Edén Término.

LILIAN.—¿A quién estabas llamando ayer?

WILFRED.—*(Indignado.)* ¿Escuchaste?

LILIAN.—No. Estaba en el «hall» guardando unas cosas y por casualidad oí tu voz. ¿Quién era?

WILFRED.—¡Oh! Sencillamente, alguien a quien conozco.

LILIAN.—Una chica, por supuesto. La estás escondiendo bien, ¿no?

WILFRED.—No la conozco mucho, y además vive lejos de aquí; al otro lado de Martinbro. No te preocupes por ella.

LILIAN.—No me preocupo. Pero sospecho que es una camarera de alguna taberna, y por eso pudiste hablarle por teléfono.

WILFRED.—¿Sabes, Lilian? Hay una cosa que me confunde.

LILIAN.—Y si es una camarera de taberna, donde hay teléfono, y al otro lado de Martinbro, debe de estar en esa grande de la encrucijada, cerca de Derby Derse, El ciervo blanco.

WILFRED.—*(Enfadado.)* ¿Me vas a escuchar?

LILIAN.—¿Te gusta de veras, Wilfred? ¿O es que crees que estar enamorado de una chica de taberna es muy viril y típico de un africano del Oeste?

WILFRED.—Estoy tratando de decir algo importante.

LILIAN.—Bueno. ¿Qué es?

WILFRED.—No quieres realmente saberlo. Te vas a reír.

LILIAN.—Tendrás que arriesgarte. Tal vez no me ría. Dime.

WILFRED.—*(Vacilando.)* Es difícil de explicar. Pero siento como si me estuvieran estafando.

LILIAN.—Es muy probable que lo estén.

WILFRED.—Mira; cuando estoy allá en Africa, pienso en Edén Término, aquí..., la casa y tú y papá, y todo, y ansío ver llegar las vacaciones, y cuando por fin llegan..., bueno, claro que es magnífico. Pero luego, cuando ya he pasado aquí una o dos semanas...

LILIAN.—Empieza a ponerse aburrido, ¿no?

WILFRED.—Bueno, no tanto.

LILIAN.—Sí, sí, tanto. No te disculpes. No te lo reprocho.

WILFRED.—De todos modos, no es lo que yo esperaba. Y entonces empiezo a pensar en Nigeria y a sentir que no estaría mal volver allí. Pero ahora sé que una vez de vuelta ansiaré otra vez venir con licencia, y desde allí todo esto me parecerá distinto de lo que es. El resultado es que me he creado una vida en la que nunca estoy en el debido lugar, en el debido momento.

LILIAN.—¡Pobre Wilfred! Así eras exactamente cuando ibas a la escuela.

WILFRED.—Ya lo sé. Y creía que cuando acabase con la escuela y creciese sería distinto. Tal vez lo sea más adelante.

LILIAN.—Tal vez. Tienes todo el tiempo para ti.

WILFRED.—Las cosas no pueden quedar así. Cuando tenga algo de dinero me divertiré más durante las vacaciones. Y también será más divertido allí cuando me asciendan. Estamos en mil novecientos doce. Dentro de tres o cuatro años, digamos en el novecientos dieciséis, es posible que tenga ya mi distrito propio.

LILIAN.—¿Podría ir yo a visitarte?

WILFRED.—Claro que podrías. Depende del lugar a que me manden.

LILIAN.—Y tú podrías casarte antes.

WILFRED.—No lo creo. Tres o cuatro años no son mucho en realidad. Apresúrate, novecientos dieciséis. Tiene un sonido maduro muy agradable novecientos dieciséis, ¿no te parece? *(Se oye llamar tres veces a la puerta de la izquierda. Los dos miran rápidamente, algo sobrecogidos, aunque deben evitar todo sobresalto nervioso.* WILFRED *va a la puerta y la abre. Entra* SARAH *llevando una gran canasta de ropa vieja.)*

SARAH.—*(Jadeante.)* No quería dejar esto en el suelo para abrir la puerta porque ya no me encorvo tan fácilmente como antes. Me dan palpitaciones. Ya me encorvé bastante.

LILIAN.—¿Qué estuviste haciendo?

SARAH.—Estuve en el desván de atrás, recogiendo esta ropa vieja para el doctor, que quiere regalarla. *(Viene a primer término mientras habla y pone la canasta sobre la mesa.)* ¡Ah! Y veréis lo que encontré.

LILIAN.—¿Qué es eso?

SARAH.—¿No recuerdas? Es el mismito traje que llevó miss Stella cuando representó aquella vez en el municipio de Martinbro, y todos la aplaudieron tanto, y ella volvió a casa y le dijo a su pobre madre que iba a trabajar de actriz para ganarse la vida, y tuvimos tal desbarajuste... todos gritando y chillando y llorando. ¿No lo recordáis?

WILFRED.—Yo sí.

LILIAN.—Sí, ahora recuerdo.

SARAH.—Ya lo creo. Yo le ayudé a hacerlo, ¡y qué bonita estaba cuando se lo puso! Pero cuando se fue no se lo llevó, y allí se quedó detrás de unos cajones en el desván. Creo que su madre lo tiró allí. Las polillas se han metido dentro, pero me parece que se podrá limpiarlo y arreglarlo.

LILIAN.—¿Para qué? Está completamente inservible.

SARAH.—¿Qué sabes? Podríamos mandárselo; podría necesitarlo ella para su trabajo.

WILFRED.—*(Riendo.)* Estás loca, Sarah.

SARAH.—*(Indignada.)* ¿Qué hay en esto para reírse, quisiera yo saber?

LILIAN.—Nada. Solo que no podríamos mandárselo a Stella, aunque le fuese útil, porque no sabemos dónde está.

SARAH.—¿No está allí..., ya sabéis..., dónde queda...? ¿Ese gran país...?

WILFRED.—Tombuctu.

SARAH.—No es Tombuctu, chico loco. Es donde dijo ella que todo era eucaliptos.

LILIAN.—Es Australia. Pero aquello fue hace tres años, y no supimos nada más desde entonces.

SARAH.—¿Hace tres años que escribió por última vez?

LILIAN.—Sí. Y hace más de ocho que se fue.

SARAH.—*(Su cara se crispa al tocar el disfraz.)* No creí que hubiese pasado tanto tiempo. Me estoy poniendo vieja y olvido mucho. La mitad del tiempo me lo paso soñando.

LILIAN.—*(Mirando el traje.)* Ahora recuerdo. Era muy bonito. Creo que me dio envidia no tener uno igual.

SARAH.—Sí que te dio. Fuiste una madamita envidiosa durante aquellos días, puedo asegurarlo. ¿Ves?, los cosí yo misma en el traje. Fue todo un secreto. Solía deslizarme por esa puerta *(Mirando a la puerta de la derecha.)* para probárselo. Parece que fue ayer. Tengo que poner en orden todo esto.

WILFRED.—Déjame llevarla. *(Lleva la canasta al cuarto de la derecha.* SARAH *va hacia la puerta, detrás de él, llevando el traje.)*

SARAH.—*(Volviéndose.)* Está su padre; estuvo en casa de Gregson. *(Suena el teléfono.* SARAH *lo mira con desconfianza.)* A eso hay que contestarle. Cosa de locos. ¡Tener que atender a una máquina! A eso hemos llegado. Yo, por mi parte, no pienso atenderlo aunque llame hasta el día del juicio. (SARAH *va hacia el cuarto de la derecha.* LILIAN *se dirige al teléfono, pero el* DOCTOR KIRBY *entra rápidamente y se adelanta a ella. Es un hombre afable, sencillo, de unos sesenta años, vestido con una vieja bata sobre un traje oscuro. Atiende el teléfono con algo de solemnidad y orgullo.)*

DOCTOR KIRBY.—*(Al teléfono.)* ¡Hola! Sí, sí, habla el doctor Kirby. ¡Oh!, ¿es usted, William? ¿Ella qué? ¡Oh!, ya veo... Bueno, ¿qué esperaba?... ¿No sufre?... Ya... Sí, manténgala bien abrigada. Y no se preocupe. Nada nuevo. Ya sucedió antes... Muy bien, hábleme. Y, William, no vaya al hotel Edén por una noche o dos, hágame el favor. Eso es. No está usted en un estado de ánimo para aprovechar una visita al bar del Edén. *(Ríe.)* Bien. No se preocupe. *(Cuelga el receptor y empieza a encender su pipa.)* William Sugden, preocupado por su mujer. Ya saldrá de esta. Es más fuerte que él. Y esta es la prueba, Lilian, de lo útil que es un teléfono aquí. Esta pequeña charla a través del cable nos ha ahorrado a William y a mí un viaje inútil. ¡Lástima no haberlo tenido años atrás! Somos demasiado retrasados, nosotros. Anticuados.

LILIAN.—Tú no te crees atrasado.

DOCTOR KIRBY.—¿Yo? Atrasado en muchos años. Acabo de estar esforzándome en comprender lo que algunos de esos jóvenes escriben ahora en las revistas médicas. Demasiado inteligentes para mí. Demasiado novecientos doce. En cambio, es probable que les llevase ventaja en eso de William Sugden y su mujer. *(A* WILFRED, *que entra, saliendo del cuarto de la derecha.)* Hola, Wilfred, ¿qué estabas haciendo ahí dentro?

WILFRED.—Estaba ayudando a Sarah a ordenar una ropa vieja para ti.

DOCTOR KIRBY.—Muy bien. En el pueblo no les vendrá mal. Lloyd George pronto va a darles nueve peniques por cuatro, conmigo de propina; pero mientras tanto les daremos alguna ropa vieja.

WILFRED.—¿Quieres oír mi gramófono, papá?

DOCTOR KIRBY.—No, gracias. Tengo que volver al consultorio. Pero aunque me quedase preferiría no oír tu gramófono. Son de-

masiados los enfermos que tengo que escuchar para querer todavía oír música mecánica, si es que eso es música. A propósito, el viejo Burbon me dijo que anoche hubo un incendio en el correo de Martinbro. Dice que se supone que fueron sufragistas. Tonterías. Hay muchos que tienen la obsesión de las sufragistas. *(Va hacia la puerta de la izquierda.)*

WILFRED.—Pero, papá, pueden haber sido ellas.

DOCTOR KIRBY.—*(Volviéndose al llegar a la puerta.)* ¿Qué? ¿En Martinbro? ¿Qué iban a estar haciendo allí? ¿Buscar a míster Asquith? Tonterías. Y a propósito de tonterías, se me olvidó decirte que acaban de invitarme a comer en el Grosvenor House, con el duque de Westminster.

LILIAN y WILFRED.—*(A un tiempo.)* Papá, no te han invitado.

DOTOR KIRBY.—Sí. Y también a todos los demás. Con la única condición de que cada uno contribuya con mil libras al fondo para la Reforma de Aranceles en el cumpleaños de Chamberlain. No voy a aceptar. *(Sale, y* LILIAN *se instala para volver a leer.)*

WILFRED.—*(Desasosegado.)* Deberíamos tener una mesa de billar. Si yo tuviese más ocasiones de jugarlo, creo que llegaría a ser un buen jugador de billar. Hice una tacada de veintisiete jugando en el club de Akansa.

LILIAN.—*(Mirándolo con calma.)* ¿No te parece ridículo ir tú a todos esos sitios mientras yo tengo que quedarme aquí?

WILFRED.—No; no me parece.

LILIAN.—Pero yo tuve siempre un espíritu mucho más aventurero que tú y muchas más ganas de ir a lugares salvajes y de explorar. Apuesto cualquier cosa a que he leído mucho más sobre el Africa que tú.

WILFRED.—¿Qué es leer? Yo estuve.

LILIAN.—Yo creo que hubiera preferido ir al Polo Sur con el capitán Scott a cualquier otra cosa en el mundo. Y si da conferencias sobre ello a su vuelta, iré, sea donde sea.

WILFRED.—Bueno, si fueses tan aventurera como dices, te habrías escapado. Después de todo, Stella lo hizo.

LILIAN.—*(Con amargura.)* Sí; Stella lo hizo. ¿Y qué sucedió? Mamá murió, papá se quedó triste, sin nadie que lo cuidase. En cuanto me gradué, era obvio que tenía que venir y ocuparme de todo esto. Es muy fácil hacer lo que hizo Stella..., escaparse, simplemente, y hacer lo que le da la gana.

WIFRED.—Sí; pero ella sabía lo que tenía ganas de hacer.

LILIAN.—Es posible que yo también lo supiese.

WILFRED.—Mira, esa noche que fui al Daly estuve pensando lo raro que sería ver de pronto a Stella en el escenario.

LILIAN.—*(Con acento algo irónico.)* Muy raro.

WILFRED.—Siempre miro los carteles, los programas y las listas de compañías para ver si está ella. Es tonto tener a una hermana en el teatro y no haberla visto jamás en el escenario. ¿No sería

magnífico que llegase a ser una estrella como Gertie Millar o Phyllis Dare?

LILIAN.—*(Irónicamente.)* Sí. Y si la Compañía Británica del Africa Occidental te nombrase, de pronto, director gerente. Y si el rey enfermase y dijesen todos: «Que manden a buscar al doctor Kirby, de Edén Término.» O si Pierpont Morgan o Rockefeller dijesen: «Tengo que darle a Lilian Kirby un millón de libras; se ha portado tan bien...»

WILFRED.—*(Soltando una carcajada.)* Y si la vieja Sarah ganase un premio bailando el Turkey Trot. O si Geoffrey Farrant... ¿Qué hacemos con Geoffrey Farrant?

LILIAN.—Algo con caballos y perros.

WILFRED.—Bueno, que gane el próximo Derby. Tú no estás loca por caballos y perros, ¿no?

LILIAN.—*(Fríamente.)* ¿Eso qué tiene que ver?

WILFRED.—*(Riendo.)* Nada.

LILIAN.—No seas idiota.

WILFRED.—Uno de nuestros tipos de Benin tenía dos caballos de carrera cuando venía a Inglaterra. ¡Qué gran tonto! ¿Qué te parece si ponemos el gramófono?

LILIAN.—Ponlo.

WILFRED.—*(Dirigiéndose al gramófono.)* Sí; lo pondré. Y me lo llevaré cuando me vaya. *(Poniendo un disco.)* ¿Sabes que estas cosas se están poniendo muy buenas? *(Va pasando un disco. Si es posible cambiar la luz, ahora es el momento de hacerlo. Mientras el disco suena* WILFRED *puede encender una lámpara y* LILIAN *otra. Antes de terminar el disco,* LILIAN, *que está más cerca de la puerta de la izquierda, presta oído al exterior y levanta la mano.* WILFRED *para el disco. Se oye una voz a través de la puerta. La voz de* STELLA *debe oírse distintamente, pero no importa que sean exactamente estas palabras: «Sí, póngalo aquí, por favor. ¿Cuánto es?; aquí tiene. Gracias.»* STELLA *tiene cinco o seis años más que* LILIAN *y parece de su misma edad, pero es sumamente atractiva. Viste como vestiría en esa época una actriz que desease ser elegante, pero su ropa no es en realidad de buena clase ni muy nueva, así que debe resultar evidente para los espectadores que* STELLA *no ha prosperado de verdad.* STELLA *habla en seguida en un tono más elevado que sus familiares, pareciendo a un tiempo actriz e hija pródiga. Todas sus emociones son perfectamente sinceras, pero no puede evitar que sus dimensiones naturales parezcan un poco ampliadas. Esta impresión va borrándose durante su estancia en la casa, hasta que en la escena de su despedida reaparece la actriz.)* ¡Stella!

STELLA.—¡Oh, es Wilfred! Todo un hombre. Y con bigote. *(Lo abraza y lo besa. Luego mira a* LILIAN.) Crecida también. Esperad: dejad que me quite este sombrero. *(Se lo quita rápidamente y lo tira, luego se precipita hacia* LILIAN *para abrazarla y besarla.)*

Lilian querida, no estás en absoluto como imaginaba que estarías, y sin embargo eres completamente Lilian, exactamente como debes ser. ¿No es raro? *(Mirando alrededor.)* Y todo exactamente igual. Solo que más chico. *(Entra* SARAH *y se detiene en el umbral de la puerta de la derecha, con los ojos clavados en* STELLA *y arrugando la cara, a punto de llorar.* STELLA *viéndola y precipitándose hacia ella.)* ¡Oh, Sarah! ¡Mi tesoro, mi tesoro de vieja! *(La besa.)*

SARAH.—*(Llorando.)* No... No puedo hablar.

STELLA.—*(Llorando y riendo.)* Ni yo tampoco.

SARAH.—¡Ah!, no has cambiado nada, preciosa.

STELLA.—Sí que he cambiado. Ya soy vieja, Sarah... Sí, vieja. No volveré nunca a tener treinta años. Tengo canas.

SARAH.—No es cierto.

STELLA.—Unas pocas. Ayer me arranqué tres. ¿Dónde está papá? ¿Está bien?

LILIAN.—Sí; está en el consultorio.

WILFRED.—¿Le aviso?

STELLA.—No, no lo molestes. Le daremos una sorpresa. ¿Está igual que siempre?

WILFRED.—Desde luego.

STELLA.—¿Desde luego? No hay «desde luego» en estas cosas. ¡Oh, Wilfred!, eso demuestra lo joven que eres, a pesar de tu bigote. Uno cambia. Todo cambia. ¿Sigue observando los pájaros y coleccionando grabados del siglo dieciocho?

LILIAN.—Sí. No ha cambiado en absoluto.

STELLA.—¡Gracias a Dios!

LILIAN.—Pero ¿por qué no nos avisaste de tu llegada?

STELLA.—¡Oh, querida! No pude. No estaba segura. Y no podía, simplemente, escribir. Yo creo que me daba miedo hacerlo. Tenía que seguir ausente o venir así, corriendo. ¿No somprendéis?

LILIAN.—Sí. ¡Estuviste tanto tiempo lejos!

SARAH.—Tanto tiempo y en tantos lugares.

WILFRED.—¿Dónde estuviste, Stella?

STELLA.—¡Dónde no habré estado! Por toda Inglaterra. Luego, en el Oriente. Después, en Australia... Os escribí desde allí.

SARAH.—Sí, tesoro.

STELLA.—Estaba casi muriéndome de nostalgia cuando escribí esa carta. No os imagináis lo que es.

WILFRED.—*(Con orgullo.)* Yo sí. Yo vivo en Nigeria ahora. Tengo un puesto en la Compañía Británica de Desarrollo del Africa Occidental. Estoy aquí con licencia.

STELLA.—*(Sonriéndose.)* ¿En Africa y con licencia? Wilfred, es increíble. Se diría que ayer eras todavía un colegial gordito. Siento decírtelo, pero es la verdad: tu bigote no me convencía. Me parecía que te lo habías pegado para jugar.

WILFRED.—Tengo veinticuatro años. Y hace cuatro que estoy en la Británica del Africa Occidental.

STELLA.—¿No es extraordinario? Después de Australia fuimos a América. Hicimos miles de kilómetros. Me parece haber vivido en los trenes, con hollín en los ojos y jaqueca, durante siglos. Nada de esto fue verdadero. Es como un sueño estúpido. Y ahora estoy en casa. No imagináis lo que esto significa.

SARAH.—¿No tienes hambre, tesoro? ¿Quieres que te traiga algo?

STELLA.—No, gracias. Por ahora no, Sarah. *(Mira alrededor.)* Es todo exactamente como lo recordaba, pero mucho más pequeño. Durante todo el tiempo que he estado fuera se ha ido achicando cada vez más. Igual que la vida. ¡Oh! *(Precipitándose hacia él.)*, aquí está el castillo de porcelana. Todavía aquí. No se ha roto. Las cosas de todo género pueden romperse, la gente puede romperse y, sin embargo, un objeto como este sigue existiendo. *(Lo coge y lo mira.)* Recuerdo cómo solía preguntarme qué sucedía dentro. Vivirían personajes pequeñitos de porcelana.

WILFRED.—Muchas veces me contaste cuentos del castillo.

STELLA.—Y, mira, el muchacho todavía cabalga sobre el chivo. ¿Cómo lo llamábamos?

LILIAN.—Llewellyn. Porque venía de Gales.

STELLA.—Sí, querido, querido Llewellyn. Su cara, tan tonta y tan simpática, se me aparecía en los sueños. Una vez lo vi muy claramente, ¡oh!, ¿cuándo fue?; durante un horrible viaje larguísimo en tren, caluroso y volvoriento. Y Llewellyn estaba aquí en su chivo. *(Va por el cuarto tocando los objetos.)* Y aquí está Coblentz. *(Mirando un viejo grabado en colores.)* Los tres soldados conversando. El hombre llevando el fardo. La mujer de la falda colorada. Y estos dos cogidos de la mano. ¿Recordáis cómo lo mirábamos durante horas y horas, preguntándonos qué sucedería a la vuelta? Pero ¿adónde está el otro, no recordáis, el de Frankfurt, con el río y las barcas y la mujercita gorda?

WILFRED.—Es cierto. ¿Dónde está Frankfurt? No había notado que faltaba.

SARAH.—Es el cuadro que se cayó, ¿no?

LILIAN.—Sí; se rompió hace cosa de un año.

STELLA.—Contadme qué fue de la gente conocida. Los Mowbrays y los Ollrinds y los Burtons... y todos. ¡Oh!, y mi antiguo pretendiente Geoffrey Farrant. ¿Cómo le fue?

LILIAN.—Aquí sigue. Su padre falleció.

STELLA.—¿Está casado? ¿Lo veis?

LILIAN.—No está casado.

WILFRED.—Y lo vemos a menudo. Ahora es un gran amigo de Lilian.

LILIAN.—¿Dónde está tu equipaje?

STELLA.—¿Mi baúl? Está en el «hall». Tomé un coche en la estación, pero no conozco al hombre que me trajo. Tampoco reconocí

a nadie en la estación. Pero Edén Páramo y Edén Término me parecieron igual que siempre. Y por el camino había un maravilloso olor, rico y profundo, a otoño..., humo y hojas muertas..., y me sentía enteramente hundida en ese olor, y me parecía que no me había ido nunca. Los millones de olores, la mayoría asquerosos, que tuve que aspirar en estos ocho o nueve años últimos quedaron completamente extinguidos. No había pasado nada realmente. Era como si solo hubiese ido a Martinbro por un día. Tú, Wilfred, todavía estabas en la escuela. Tú, Lilian, acababas de graduarte, y aún llevabas dos largas trenzas. Y papá y mamá... *(Se interrumpe, vacila, luego en voz baja.)* Fue horrible, Lilian, lo de mamá.

LILIAN.—*(Tranquilamente.)* Sí; por algún tiempo. Pero ya han pasado seis años. Su enfermedad no fue larga, pero sufrió mucho. Era papá quien me daba lástima. (STELLA *empieza a llorar suavemente.)*

SARAH.—*(Yendo hacia ella.)* Niñita, tesoro mío...

STELLA.—*(Entre sus lágrimas.)* Sucedió en el tren una cosa tan tonta. Un hombre que estaba sentado frente a mí..., se parecía a Winston Churchill, pero más gordo..., desenvolvió cuidadosamente un paquete de «sandwiches» y los dejó en el asiento; se levantó para alcanzar no sé qué y luego, de pronto, se sentó encima de los «sandwiches». Otra mujer que iba en el compartimiento y yo nos echamos a reír sin poder contenernos, y el hombre también se rió. Eran «sandwiches» con mucho huevo. ¿Por qué serán tan tontas algunas cosas?

WILFRED.—¿Recuerdas aquel hombrecito que tenía una cara tan cómica...? ¿Cómo se llamaba... Flockton, que había conocido a papá en la Universidad? Un día nos dio por reírnos de él y tuvimos que irnos fuera uno por uno para que no lo notase.

STELLA.—Sí; míster Flockton. Y para mí fue mucho peor, porque como yo era la mayor tenía que ser cortés. Y también el día que la tía Mary trajo aquella nueva harina para hacer bollitos.

WILFRED.—Sí. ¿Y cuando aquel joven que se llamaba Egg, o algo por el estilo, vino a verte y dejó caer la bandeja con el té?

LILIAN.—¿Y cuando todos fuimos a una recepción en casa de los Monbray, pero nos equivocamos de día?

STELLA.—Y la nieve era tan espesa que tuvimos que quedarnos, y ellos estaban tan contrariados, y nosotros también, y todas las chimeneas humeaban. *(Ríe.)*

WILFRED.—*(Riendo.)* Y yo rompí un enorme florero y metí los pedazos en la carbonera.

STELLA.—En el tren venía pensando en todo esto. Tengo miles de cosas que preguntaros.

WILFRED.—Nosotros también. ¿No es cierto, Liliam?

LILIAN.—Supongo que querrás volver a tu antiguo cuarto, ¿no?

STELLA.—Me gustaría mucho, si es que está desocupado.

LILIAN.—En este momento está lleno de toda clase de cachivaches.

SARAH.—*(Con vivacidad.)* Yo lo voy a preparar, miss Lilian.

LILIAN.—No, yo lo haré. Wilfred puede ayudarme. Es posible que haya que cambiar de sitio algunos muebles.

WILFRED.—¡Desde luego!

STELLA.—¿Puedo hacer yo algo?

LILIAN.—No, tú estás cansada. Además no sabes dónde están ahora las cosas. Y papá tiene que venir de un momento a otro. Espéralo aquí. *(Sale.)*

WILFRED.—¿Sabes, Stella? Cuando tú estabas en casa yo no era más que un chico y no me interesaba el teatro, pero ahora me entusiasma. Vi «Amor Gitano» en el Daly hace unas semanas... Tienes que contarme todo.

STELLA.—Bueno. Te contaré kilómetros y kilómetros. (SARAH *va al cuarto de la derecha.)*

WILFRED.—Muy bien. Me imagino que habrás tenido mucho éxito, ¿no? Precisamente estaba diciendo a Lilian hace un momento que siempre buscaba tu nombre en los diarios, pero no lo encontré nunca.

STELLA.—Estuve mucho tiempo fuera de Inglaterra, ya sabes.

WILFRED.—Claro, por eso será. Bueno, estás muy deslumbrante.

STELLA.—Yo creo que no tengo un gran aspecto.

WILFRED.—Te habrás divertido mucho, ¿no?

STELLA.—Bueno, ha habido de todo, ¿sabes?

WILFRED.—Aquí vas a aburrirte.

STELLA.—No. *(Suspira.)* Esto es divino. Aunque hayas estado en Africa y hayas vuelto con licencia, no puedes imaginar lo que significa para mí estar otra vez en casa. Esto es lo verdadero. Todo ha vuelto a ser verdadero. (SARAH *vuelve escondiendo con disimulo el disfraz.)*

WILFRED.—Voy a ayudar a Lilian a arreglar tu cuarto. Luego bajaré para hacerte un millón de preguntas. *(Vacila.)* Dime ¿no te parece tonto este bigote?

STELLA.—Wilfred, es un bigote magnífico, y te da un aire de auténtico aventurero africano. Es tremendo ser hermana de semejante bigote. Dentro de un par de años va a volverse un verdadero robacorazones.

WILFRED.—Me estás tomando el pelo. Siempre lo hiciste.

STELLA.—¿Y no te parece bien que vuelva a hacerlo?

WILFRED.—*(Tímidamente.)* Sí que me parece bien. *(Sonríe.)* ¡Mi Stella querida! *(Sale.* STELLA *lo mira y sonríe. Luego vuelve la cabeza y ve a* SARAH.)

STELLA.—Yo creo que Wilfred está hecho un joven magnífico, ¿no?

SARAH.—¡Oh!, el señorito Wilfred es un buen muchacho. Pero no es más que un chico, a pesar de toda su labia. Miss Lilian es otra cosa. Es una verdadera mujer. Siempre fue un poco anticuada. No hay cuidado de que descubra a nadie su pecho. A veces, válgame Dios, parecería que tuviese cincuenta años cuando una la oye hablar. Y no es que hable mucho.

STELLA.—No creo que la pobre Lilian haya tenido una vida muy fácil durante todos estos años que yo no he estado aquí. Es un poco rara. Como hundida en sí misma. Como si siempre estuviese en guardia. Casi como si yo fuese una extraña. Tal vez lo sea, Sarah. Pero yo no me siento como una extraña. Yo no soy más que Stella Kirby de vuelta en su casa, en Edén Término.

SARAH.—Y mira lo que encontré, no hace una hora; es como si hubiese estado esperando que volvieses a casa. Mira. *(Extiende el disfraz.)*

STELLA.—Pero ¡si es el traje que llevé hace años en aquel espectáculo en el Municipio de Martinbro! ¡El que hicimos entre tú y yo, Sarah!

SARAH.—Eso es. Pensaba limpiarlo y arreglarlo. Se le ha metido dentro la polilla.

STELLA.—La polilla se nos ha metido dentro a todos nosotros, Sarah querida. Pero no creí nunca que volviese a ver este traje. ¿Recuerdas toda la agitación que causó?

SARAH.—Claro que sí.

STELLA.—La noche que me lo puse me creí una verdadera actriz.

SARAH.—Bien que te aplaudieron.

STELLA.—Más de lo que me han aplaudido en las otras noches desde entonces. Fue una gran noche. Y míralo ahora. Es patético.

SARAH.—No veo nada más que lo ha roído la polilla. Es un lindo vestidito. Es lo que me parecía entonces y lo que me sigue pareciendo.

STELLA.—A mí también. Es un traje precioso. Tengo que ponérmelo. ¡Oh, lo rompí! Fui la bella primera dama joven de la compañía dramática de aficionados de Martinbro. Y el gordo míster Burton me regaló una caja de bombones de chocolate. ¿Te acuerdas?

SARAH.—Sí. Y te hubiera regalado muchas más cosas si le hubieras dejado. De entonces acá he oído hablar mucho de ese tipo. (STELLA *se pone en varias posturas y hace una reverencia a* SARAH.) Doy gracias a Dios por este día, tesoro. Había rezado mucho para verte volver a casa.

STELLA.—Siento haber tardado tanto.

SARAH.—¿No me habías olvidado?

STELLA.—Nunca jamás. Por todo el mundo, en los lugares más extraños, pensaba en ti y deseaba volver a verte. Ya no tienes que rezar más. He vuelto a casa. *(La besa.)*

SARAH.—*(Clavando los ojos en ella.)* Siempre fuiste una gran cosa. Fuiste una critura magnífica, una linda muchachita y una preciosa señorita cuando creciste.

STELLA.—Gracias por esas palabras tan buenas.

SARAH.—Pero hay arrugas en esta cara, que no había cuando te vi la última vez.

STELLA.—Me estoy volviendo vieja. Y todos estos años que he estado lejos no han sido muy fáciles para mí.

SARAH.—No, no lo han sido. Ya comprendo. Tuviste tus dis-

gustos, ¿no? (STELLA *calla.*) ¡Oh!, a mí puedes decírmelo, aunque no se lo digas a nadie más. Yo no diré nada.

STELLA.—Sí, tuve mis disgustos.

SARAH.—¿Decepciones?

STELLA.—Sí, bastantes.

SARAH.—*(Con dulzura.)* ¿Es que no te trataron bien en el teatro, tesoro?

STELLA.—Creo que más o menos como merecía. Pero..., y esto es un secreto entre nosotras, Sarah..., no logré ser la gran actriz que imaginaba. No estuve mal. No es que sea mala actriz. Pero no sé por qué nunca conseguí hacer lo que creía poder hacer. Hay algo que me lo impide. Yo lo siento todo dentro de mí, pero no me sale como debería. Me he decepcionado a mí misma. Creo que hasta mi madre me habría compadecido si lo hubiese sabido. No digo que haya tenido oportunidades extraordinarias, pero sí las tuve. Y, no sé cómo, las eché a perder. Es probable que nunca haya llegado a ser mejor actriz que la noche en que me puse este patético traje. Todo está mal, Sarah querida, mi trabajo, mi vida. ¡Oh! *(Se arranca el traje.)*, soy un triste fracaso. *(Se deja caer en una silla.)*

SARAH.—No te preocupes, tesoro. Tienes mucho tiempo. Eres joven.

STELLA.—No, no lo soy.

SARAH.—Creo que oigo al doctor.

STELLA.—*(Levantándose de un salto.)* Papá no debe verme así. *(Empieza a arreglarse la cara.)* Y no debe saber nada.

SARAH.—*(Se afana alrededor de* STELLA.) Por mí no lo sabrá. No lo sabrá nadie. Voy a ver si está ahí. *(Va hacia la puerta de la izquierda.* STELLA *se apresura a terminar de empolvarse y presenta un aspecto más alegre.* SARAH *sale, dejando la puerta abierta. El* DOCTOR KIRBY *aparece en el umbral y se detiene estupefacto.)*

DOCTOR KIRBY.—¿Eres tú, Stella?

STELLA.—Sí, padre. *(Luego, con un pequeño grito, corre hacia él, se encuentran cerca de la escalera y se abrazan.)* Estás igual, papá. Solamente tienes más canas. Es la única diferencia.

DOCTOR KIRBY.—No, estoy mucho más viejo. Y tú también estás más vieja, ¿sabes? No voy a lisonjearte, aunque seas una actriz famosa. Pareces algo cansada. Supongo que será el viaje. ¿De dónde vienes?

STELLA.—De Londres. Tomé el tren de las once a Martinbro.

DOCTOR KIRBY.—¡Ah, sí! Nuestro trencito de las once. ¿Por qué no avisaste? Habríamos matado el ternero gordo para ti.

STELLA.—No pude. Vine... ¡Oh! Fue un impulso repentino. Todavía soy impulsiva, ya ves.

DOCTOR KIRBY.—Creíamos que nos habías olvidado.

STELLA.—Nunca os olvidé un solo instante. ¿Cómo hubiera sido posible? Pero estuve lejos de Inglaterra durante años..., de gira, trabajando de veras. Mis proyectos siempre fueron muy inseguros. Era difícil escribir.

DOCTOR KIRBY.—Sí. Puedo comprenderlo. Aunque en un rincón tan tranquilo como el nuestro solemos olvidar lo que es el mundo atareado y afanado..., tu mundo. ¿Sabes, Stella?, estuve pensando mucho últimamente. *(Su voz se extingue.)*

STELLA.—*(Después de una pausa.)* ¿Qué, papá?

DORTOR KIRBY.—Sucedió algo que me hizo pensar. Se podría decir una especie de recapitulación. Pensando en la vida..., mi vida..., tu vida..., ¿sabes?, llegué a la conclusión de que tú tenías razón contra tu madre y contra mí.

STELLA.—*(Rápidamente y con tristeza.)* No, no...

DOCTOR KIRBY.—Está bien. Esto ya pertenece a la historia. Ahora podemos hablar con franqueza y con toda libertad. Tú ya eres una mujer y no una muchachita... Tuviste razón en hacer lo que hiciste. No voy a decir que no causases sufrimiento.

STELLA.—Sí. Ya lo sé.

DOCTOR KIRBY.—Pero no fue culpa tuya. La vida es así. La vida no puede seguir su curso sin causar dolor. No podemos venir al mundo sin que alguien sufra. Demasiado bien lo sé. Será una suerte si no tengo que ver algo de eso en las últimas horas de esta misma noche. Por aquí los grandes procesos cósmicos tienen costumbre de llegar a su culminación en el preciso instante en que yo me encuentro confortablemente dormido.

STELLA.—¡Pobre papá! ¿Quién es esta vez?

DOCTOR KIRBY.—Una tal mistress Sugden. Me parece que llegó aquí después de irte tú. Bueno, yo creo que he cumplido con ella y con sus semejantes, en este vecindario, desde hace unos cuarenta años.

STELLA.—Sí, lo sé. Y estoy segura de que aún te adoran.

DOCTOR KIRBY.—¡Qué ilusión! Lo único que yo les pido es que presten más atención a lo que les digo y también que paguen algunas cuentas más. Pero no me quejo. Mi vida aquí ha sido agradable. Tu madre y yo fuimos felices. Teníamos todos los amigos que podríamos desear. Esto fue un verdadero hogar. Hasta para ti lo fue una vez.

STELLA.—*(Dulcemente.)* ¿Crees que podría olvidarlo?

DOCTOR KIRBY.—Y luego, además de mi trabajo y mi familia, tenía mis pequeñas manías: mis pájaros. *(Con animación repentina.)* Y a propósito, no consientas que nadie te diga que en este país no hay vencejos que no tengan la cola hendida. El verano último, sin ir más lejos, he visto uno yo mismo. Un vencejo que no tenía la cola hendida, sin la menor duda.

STELLA.—*(Riendo, con cariño.)* ¡Oh papá! No se lo consentiré a nadie. Yo los pondré en su lugar en seguida.

DOCTOR KIRBY.—Muy bien, eso es. Hoy día se dicen tantas tonterías sobre los pájaros como sobre cualquier cosa. Ayer, sin ir más lejos...

STELLA.—*(Riendo.)* Pero, papá, no podemos seguir hablando de pájaros ahora. Ibas a decirme algo importante, algo serio.

DOCTOR KIRBY.—*(Con un pestañeo.)* Pero esto es importante...

STELLA.—Sí. Y me encantaría oírlo, pero en cualquier otro momento podrás contármelo. Tal vez esa otra cosa no.

DOCTOR KIRBY.—*(Serio.)* Es cierto. Es algo que no diría a mis hijos menores. Lo que quería decirte era esto: considerando mi vida pasada, encuentro que fue razonablemente satisfactoria.

STELLA.—Y que no la cambiarías.

DOCTOR KIRBY.—Pues te equivocas. Sí que la cambiaría.

STELLA.—*(Sorprendida.)* ¡Papá!

DOCTOR KIRBY.—Llegó un momento en que tuve que escoger.

STELLA.—¿Entre este género de vida y otro diferente?

DOCTOR KIRBY.—Sí. No siempre fui un viejo médico trafagón, atrasado en muchos años, ¿sabes? Hubo un tiempo en que me consideraba como un joven muy inteligente. Mis estudios fueron muy brillantes. Luego tuve que escoger entre instalarme aquí, tranquila y confortablemente, o arriesgarme en Londres. Habría podido fracasar allí, pero también habría podido triunfar. Otros que practicaban en los hospitales al mismo tiempo que yo, y que no tenían mi reputación, han logrado gran éxito. Podría nombrarte a algunos... Obtuvieron títulos, etcétera. Se han hecho ricos y célebres.

STELLA.—¡Bah! ¡Qué significa todo eso!

DOCTOR KIRBY.—Nada más que vulgares galardones, si tú quieres.

STELLA.—En la calle Harley no hubieras visto nunca un pájaro, excepto algún callejero gorrión.

DOCTOR KIRBY.—No les tengo envidia, Stella. Sin embargo, hicieron carreras brillantes, realizaron trabajos originales, conocieron a toda la gente importante de su tiempo, no perdieron ninguno de los premios que ofrece la vida.

STELLA.—¿Cómo lo sabes? Se han perdido las alondras de Edén Páramo.

DOCTOR KIRBY.—Las alondras y los páramos están ahí, si les da la gana de tenerlos. Probablemente tienen más tiempo para disfrutar de todo que yo, y por añadidura han tenido todo lo demás. Han vivido como yo no he vivido. Han sabido vivir como tú..., me alegro de poder decirlo..., estás viviendo. Tuviste razón, Stella, en salir corriendo como saliste. Y ahora, mirando atrás, cuando todo está casi terminado...

STELLA.—*(Tajante.)* No hables así, papá. Todavía no eres viejo.

DOCTOR KIRBY.—Dije... mirando atrás, ahora que todo está casi terminado, quisiera haber tenido el mismo valor.

STELLA.—No es valor.

DOCTOR KIRBY.—No tengo envidia a mis..., esto..., distinguidos colegas. Pero puedo tenerte envidia a ti, querida. Y te la tengo. Tú te escapaste por el camino real. Vives haciendo lo que siempre quisiste hacer y has triunfado viajando por todo el mundo, aplaudida y admirada en todas partes, proporcionando alegría a miles de gentes.

STELLA.—*(Levantándose de un salto.)* ¡Oh papá, por favor, no sigas!

DOCTOR KIRBY.—*(Sorprendido.)* ¿Qué te pasa? No creí nunca que las actrices padeciesen tal modestia.

STELLA.—*(Tratando de sobreponerse a su agitación.)* No es eso.

DOCTOR KIRBY.—¿Qué es, entonces?

STELLA.—¡Oh!... No sé. Tal vez el oírte a ti decir esas cosas.

DOCTOR KIRBY.—No te empeñes en tratarme con benevolencia. Es la verdad, y tú lo sabes.

STELLA.—*(Impetuosamente.)* Es... *(Se detiene.)* Bueno, me parece que es perturbador.

DOCTOR KIRBY.—Me es fácil hablarte con toda franqueza; te considero una persona adulta.

STELLA.—*(Con ironía.)* Gracias, papá.

DOCTOR KIRBY.—Bueno..., no es cosa fácil para un padre. Supongo que ya debería ver a Lilian y a Wilfred como personas mayores, pero no puedo. No solamente porque son más jóvenes que tú, sino porque no ha habido esta laguna. Debería ser franco con ellos, pero es difícil.

STELLA.—*(Con gravedad.)* ¿Así que conmigo puedes ser franco?

DOCTOR KIRBY.—Sí; me resulta muy fácil.

STELLA.—*(Haciendo un esfuerzo.)* Entonces... Entonces, ¿por qué dijiste eso de «mirar atrás cuando todo está terminado»? Sabes que no eres verdaderamente viejo.

DOCTOR KIRBY.—No soy joven.

STELLA.—*(Con alivio.)* ¡Oh!, ¿es eso solo?

DOCTOR KIRBY.—No, me temo que no lo es. Hay algo que puedo decirte a ti y no a los otros. Tú eres capaz de aguantarlo; ellos, no. Tú eres mayor. Tienes tu profesión, disfrutas de la vida. En realidad has terminado con nosotros. Así, que puedes resistirlo. (STELLA *ríe con amargura.)* ¿Qué significa eso?

STELLA.—Nada. Continúa. Puedo resistirlo. *(De repente se pone alerta, alarmada.)* Papá..., ¿eso significa que tienes algo... que estás enfermo?

DOCTOR KIRBY.—Tómalo con calma. Sí, me temo que sí. *(Sonriendo.)* Una de las ventajas de mi profesión es saber lo que sucede dentro de uno mismo. Tengo el corazón afectado. Tuve una gripe muy fea hace unos años y fue bastante tonto lo que hice..., algo que prohibí a cientos de personas. Me levanté y volví al trabajo demasiado pronto. Y así quedé con el corazón afectado.

STELLA.—Pero... ¿qué es lo que tiene?

DOCTOR KIRBY.—Un montón de cosas. Está peor que mi vieja bicicleta. Pero podría describirte el mal, brevemente, como una lesión valvular insuficientemente compensada. ¡Oh!, claro que estoy haciendo todo lo que puedo. No trabajo tanto como antes, aunque aquí no es fácil descansar. Y tomo digitalina y otras cosas. Me arreglo..., pero...

STELLA.—¿Es algo serio?

DOCTOR KIRBY.—*(Sonriendo.)* No es ningún chiste. La verdad es que me alegro mucho de que hayas venido a vernos.

STELLA.—*(Muy angustiada.)* ¡Papá!

DOCTOR KIRBY.—Calma, Stella. Es jugarte una mala pasada echarte esta carga en el momento en que acabas de llegar, pero yo creo que habrías notado algo. Y te lo digo con toda franqueza para que no lo comentes con Lilian y Wilfred. Es nuestro pequeño secreto. No es un secreto muy bonito... pero ¡qué le vamos a hacer!

STELLA.—No diré nada.

DOCTOR KIRBY.—Muy bien. Ellos no están todavía establecidos en la vida como tú. El caso es que a veces Lilian me inquieta un poco. Por mí mismo no me quejo: hice un buen recorrido. Pero me gustaría vivir lo bastante para ver nuestros país más tranquilo.

STELLA.—¡Oh, al diablo con el país!... No me importa nada. Ahora se trata de ti.

DOCTOR KIRBY.—Sí, pero este año está siendo muy perturbador y muy inquietante. Dos grandes huelgas. Ulster armándose para una sublevación. Mujeres jóvenes alimentadas por la fuerza en las cárceles. Ese seguro médico. Todos con el deseo de correr a treinta o cuarenta kilómetros por hora, tanto en el aire como por las carreteras. No hay mucha calma vesperal con todas esas cosas. Pero dentro de un año o dos tal vez hayamos vuelto a calmarnos. Quisiera creerlo.

STELLA.—*(En voz baja.)* Así lo espero... por ti.

DOCTOR KIRBY.—*(Vivamente.)* Bueno..., ya basta de hablar de mí. Es un tema lúgubre. Quiero conocer todos tus triunfos. Fuiste a todas partes, ¿no?

STELLA.—*(Con animación forzada.)* Sí, a todas partes. Como un zascandil.

DOCTOR KIRBY.—¿Y lo disfrutaste? Cambio continuo, excitación, aplausos, ¿eh? Pero no te dejes mimar demasiado.

STELLA.—*(Con una sonrisa irónica.)* Trataré de evitarlo, papá. Si no es que ya lo estoy.

DOCTOR KIRBY.—No lo pareces. Yo no aprobaba que dejases la casa para hacerte actriz, pero creo que era principalmente a causa de tu madre. En mi opinión, a las muchachas les conviene afrontar el mundo.

STELLA.—A veces.

DOCTOR KIRBY.—*(Bajando la voz.)* A ella nunca le dije nada..., y, por supuesto, estoy contento de tenerla aquí, pero con frecuencia pienso que Lilian se ha quedado en casa demasiado tiempo. Es posible que hubiera hecho mejor siguiendo tu ejemplo y encontrando algo que hacer fuera de casa. No se lo digas.

STELLA.—No. Pero es probable que se haya quedado porque me fui yo. Por ti.

DOCTOR KIRBY.—*(Con seguridad.)* ¡Oh, no! No lo creo. Nunca le pedí que se quedase. A ella le gusta estar en casa. A muchas chicas les gusta. Es lo natural. *(Mira su reloj.)* Ya es casi la hora

de comer. ¿Dónde está Lilian? *(Va hacia la puerta de la izquierda.)*

STELLA.—Yo debería hacer algo.

DOCTOR KIRBY.—Nada de eso. Tú eres huésped. El trabajo aquí es fácil y hay bastante gente para hacerlo. Lilian y Sarah y una mujer del pueblo que viene todos los días. *(Entra* LILIAN.) ¡Ah!, Lilian, precisamente estaba preguntándome cuándo se iba a comer. Stella debe de tener hambre.

LILIAN.—Estará todo listo dentro de unos diez minutos.

DOCTOR KIRBY.—Bien. *(Sale, cerrando la puerta.* LILIAN *entra en la habitación.)*

LILIAN.—Tu cuarto está ya arreglado, si quieres subir. Y Wilfred llevó tu baúl arriba.

STELLA.—Gracias, Lilian. Creo que tengo que subir, porque debo de estar muy sucia. Pero estoy demasiado excitada para preocuparme por eso.

LILIAN.—Tienes muy buen aspecto.

STELLA.—Nosotros, los viejos viajeros, conocemos toda clase de trucos. *(Mira a* LILIAN.)

LILIAN.—¿Qué miras?

STELLA.—¿Sabes?... Eres diferente.

LILIAN.—Es claro. Hace tiempo que no me ves.

STELLA.—¿Eres feliz?

LILIAN.—*(Con algo de impaciencia.)* No sé. ¿No es una pregunta un poco tonta?

STELLA.—¿Es tonta?

LILIAN.—Creo que sí. Lo que quiero decir es que no se está uno preguntando a cada rato si es feliz.

STELLA.—Yo sí.

LILIAN.—Sí. Tú siempre lo hiciste.

STELLA.—Y, preguntes o no, después de todo, bien sabes si eres feliz o si no lo eres.

LILIAN.—La mayor parte del tiempo no es uno feliz ni infeliz.

STELLA.—¿Como tú ahora?

LILIAN.—Como yo ahora.

STELLA.—Pero hay algo en ti que no comprendo.

LILIAN.—¿Y por qué te preocupas?

STELLA.—*(Cogiéndole las manos.)* Pero, querida, quiero preocuparme. Hablamos como si fuéramos extrañas.

LILIAN.—¿Es que no lo somos? Durante años no nos hemos visto.

STELLA.—Sí, pero yo pensé en ti todo el tiempo.

LILIAN.—Aunque haya sido así, no basta. Yo acababa de graduarme cuando te fuiste. No soy la misma.

STELLA.—Ya lo veo.

LILIAN.—*(Mirando la mano izquierda de* STELLA.) Tal vez volvamos a conocernos. Pero no fuerces las cosas.

STELLA.—*(Esforzándose en sonreír.)* Quiero creer que esto no es una repulsa.

LILIAN.—*(Gravemente.)* No. Dime una cosa.

STELLA.—Todo lo que quieras.

LILIAN.—*(En voz baja.)* Estás casada, ¿no?

STELLA.—*(Alarmada, pero en voz baja.)* Sí. ¿Cómo lo adivinaste?

LILIAN.—Vi la marca del anillo. (STELLA *se mira la mano izquierda y se frota el dedo.)*

STELLA.—*(Conturbada.)* Probablemente te lo habría contado... más tarde. Pero, por favor, no digas nada... por el momento.

LILIAN.—¿Qué pasó?

STELLA.—Me casé hace tres años... en Australia. El era actor, en la misma compañía. Después del primer año no marchó muy bien. Ahora estamos separados.

LILIAN.—¿Dónde está?

STELLA.—Hace una semana no habría podido decírtelo. Nos separamos en América. Pero hace tres días fui a ver a mi empresario en Londres... y allí lo encontré. Tenemos el mismo empresario. Fue una casualidad.

LILIAN.—¿Cómo se llama?

STELLA.—Charles Applely. No es famoso ni nada. Es, simplemente, un actor pasable. De muy buena familia. Y puede ser encantador... a veces. Fuimos muy felices juntos, por algún tiempo.

LILIAN.—Y ahora estáis separados.

STELLA.—*(Con sonrisa apenada.)* Sí. Todo se derrumbó. El caso es que ya no soy Stella Kirby, sino la señora de Charles Applely... separada de su marido.

LILIAN.—¿Habrá divorcio?

STELLA.—No sé. *(Se oye el timbre de la puerta de la izquierda.)* Es un embrollo. Hablemos de otra cosa. Y, por favor, no digas nada. Si quieres, hablamos luego. *(Se oyen voces tras la puerta de la izquierda.* STELLA *y* LILIAN *miran hacia ella, la última con expectación.* WILFRED *entra, seguido por* GEOFFREY FARRANT *y el* DOCTOR KIRBY. FARRANT *es un hombre rubio de cara atezada, de unos treinta y siete o treinta y ocho años, vestidos de «tweed». Conserva algo de oficial del Ejército. Cojea ligeramente.)*

WILFRED.—Stella, mira quién está aquí. Miss Kirby, este es el capitán Farrant.

STELLA.—*(Con animación.)* ¡Geoffrey! *(Le tiende la mano.)*

FARRANT.—¡Stella! *(Le estrecha la mano.)* ¡Qué sorpresa! *(Volviéndose negligentemente hacia* LILIAN.) Hola, Lilian.

STELLA.—No cambió usted nada, Geoffrey. ¿Cómo se arregló?

FARRANT.—*(Complacido y tímido.)* ¡Oh!... No sé... La vida tranquila... Mucho ejercicio, equitación... Cosas de esas. *(La mira sonriendo.)* Usted tampoco cambió mucho, ¿sabe?

STELLA.—¡No mucho! Eso debe de querer decir que parezco una vieja bruja.

FARRANT.—De ningún modo. Todo lo contrario... La verdad es que está más bonita que nunca. ¿No le parece, doctor Kirby?

STELLA.—Bueno, es una gran alegría volver a verlo, Geoffrey. Y tan pronto. No lo esperaba. ¿Y sigue siempre en la vieja casa?

FARRANT.—Sí, siempre en la vieja casa. Ya sabrá que ahora es mía.

STELLA.—¿Recuerda la fiesta de cumpleaños que dieron cuando mejoró su pierna, y soltamos aquel enorme cerdo de la granja?

FARRANT.—*(Riendo.)* Sí, por Dios. ¿Y usted lo recuerda?

STELLA.—Claro que sí. Lo recuerdo todo. ¿Y aquella vez que salimos de caza y el viejo Birbley se emborrachó tanto?

WILFRED.—Eso lo recuerdo yo.

FARRANT.—Ya lo creo que lo recuerdas. Y yo también. ¡Pobre Birbley! ¡Oh!, Stella, tenemos montones de cosas de qué hablar. Nos va a llevar muchos días.

LILIAN.—*(Interrumpiendo.)* La comida estará lista dentro de unos minutos. Diré a Sarah que avise. *(Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)*

DOCTOR KIRBY.—Pero ¿adónde vas, Lilian?

LILIAN.—*(Brevemente.)* Voy a acostarme. No quiero comer. Me duele la cabeza. Buenas noches. *(Sale rápidamente.)*

FARRANT.—¡Oh, pobre Lilian!

DOCTOR KIRBY.—No sabía que no estaba bien.

WILFRED.—*(Sin interés.)* Ya mejorará. No es más que uno de sus caprichos. A veces se pone muy rara. Lo mejor es dejarla sola.

FARRANT.—Tal vez sea la agitación. La vuelta de Stella, ¿eh?

WILFRED.—¡Oh!, Stella, ¿viste «Amor gitano» en el teatro Daly? Yo sí. Desde que lo vi estoy empeñado en tocar algunos trozos. *(Se dirige al piano.)* Tengo las partituras de algunas operetas nuevas. *(Extiende las partituras.)* Tú eres precisamente la persona que esperaba. Ven a tocar algo.

STELLA.—¡Cómo! ¿Ahora?

WILFRED.—¿Por qué no? Solamente unos minutos.

FARRANT.—Vamos, Stella. Es un placer volver a verla al piano. *(Con galantería un poco cómica le da el brazo para llevarla al piano.)*

STELLA.—*(Riendo.)* Bueno. *(Se sienta.)*

WILFRED.—Intenta esto. (STELLA *empieza a tocar un vals popular,* WILFRED *de pie junto al piano, y* FARRANT *mirándola con admiración. El* DOCTOR KIRBY *sentado, llevando el compás. Al entrar en la estrofa del vals,* STELLA *se pone a cantar.* SARAH *abre la puerta de la izquierda y queda en el umbral, sonriendo. Cae lentamente el*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma habitación del acto primero. Es por la tarde, cuatro días después. Al levantarse el telón, WILFRED está en escena. Parece muy nervioso. Se aproxima al teléfono, vacila, escucha, luego va hacia la puerta de la izquierda, mira si hay alguien allí, cierra la puerta y vuelve al teléfono, va a descolgar el receptor y otra vez vacila. Termina por alejarse del teléfono y tomar un número de la revista «Punch», que está sobre la mesa. Llama el teléfono. Se precipita a él muy esperanzado.

WILFRED.—*(Al teléfono.)* ¿Sí? ¡Hola! ¿Sí? *(Visiblemente decepcionado.)* ¡Oh!... El doctor Philips. No, papá...; el doctor Kirby... aún no ha vuelto. Sí, creo que lo veré... Sí, dentro de pocos minutos... En su casa... el lunes por la tarde, a las tres. Se lo diré. *(En el momento en que deja el teléfono entra* SARAH *por la derecha.)*

SARAH.—Va a llover a cántaros.

WILFRED.—¿Qué importancia tiene?

SARAH.—¿Llevó su impermeable miss Etella?

WILFRED.—No sé. Creo que sí.

SARAH.—Lo va a necesitar.

WILFRED.—Tendrías que ver cómo llueve en Africa.

SARAH.—¿Pero allí llueve?

WILFRED.—Claro que sí.

SARAH.—Pero si yo recuerdo que aquel muchacho Greenhead... el hijo del caminero que fue a pelear contra aquel Kruger..., me decía que allí no llovía nunca. Que todo estaba reseco y polvoriento, me decía. Ni una gota de agua.

WILFRED.—Eso es en otra parte de Africa. Africa del Sur.

SARAH.—¿Y tú, entonces, dónde estás?

WILFRED.—En el Africa Occidental. A dos mil kilómetros de allí. Es completamente distinto. Muy caluroso y húmedo. Hay millones de negros.

SARAH.—¡No me digas! Y parece que no hace más que una semana que te fuiste, como un muchachito.

WILFRED.—Hace años. Y, en todo caso, ¿eso qué tiene que ver, Sarah, vieja tonta?

SARAH.—Mucho más de lo que tú crees. Pero los muchachos no tienen seso. Y cuando dejan de ser muchachos tampoco les sobra.

No se puede hacer la limpieza en el cuarto del doctor por esos estúpidos huevos de pájaros.

WILFRED.—*(Acusándola.)* Sarah, volviste a romper alguno.

SARAH.—Nada más que dos. No puede una moverse por culpa de ellos y solo con mirarlos se rompen.

WILFRED.—Rompiste los dos únicos ejemplares del Gran Gofoozle Manchado que existen en el país.

SARAH.—¿Cómo lo sabes, si no los viste?

WILFRED.—Se lo diré.

SARAH.—Señorito Wilfred, si lo hace... Pero no lo harás, ¿no es cierto? Ya sabes que si no se dice nada él ni se da cuenta. Tiene más de los que necesita. Mientras crea que siguen allí estará contento.

WILFRED.—Eres una vieja malvada.

SARAH.—Si me delatas, yo te delataré a ti.

WILFRED.—Eso es chantaje. Además, no tienes nada de qué delatarme.

SARAH.—¿Y los tres cigarros que te vi coger?

WILFRED.—*(Riendo.)* ¿Tres cigarros? Eso fue hace años. Por lo menos, siete. A papá ahora no le importaría. *(Escucha.)* Me parece que ahí viene, ¿no?

SARAH.—Sí, lo he oído. Nadie puede decir que soy dura de oreja. Todavía oigo mejor que muchos de vosotros. Le preguntaré si necesita algo. *(Sale* SARAH, WILFRED *se sienta a leer el* «Punch». *Entra el* DOCTOR KIRBY, *con abrigo puesto.)*

DOCTOR KIRBY.—Hola, Wilfred. ¿Hay algún recado para mí?

WILFRED.—Sí. El doctor Philips, de Martinbro, acaba de llamar para decir que habrá reunión en su casa el lunes por la tarde, a las tres.

DOCTOR KIRBY.—¿El lunes que viene, a las tres? Bueno, supongo que algunos acudiremos, si nos dejan nuestros pacientes.

WILFRED.—¿De qué se trata? ¿Seguro médico?

DOCTOR KIRBY.—Sí. ¿Dónde están las muchachas esta tarde?

WILFRED.—Geoffrey Farrant vino a buscar a Stella y se fueron a pasear. Lilian salió no sé adónde, hace cosa de un cuarto de hora. Y yo estoy aquí, mirando el «Punch».

DOCTOR KIRBY.—Ya lo veo. ¿Es un buen número?

WILFRED.—Hasta ahora no. No veo la gracia de algunos chistes. Esto, por ejemplo. *(Lee.)* «Amigo sincero, al Presidente del Club de Caza: «No me parecen gran cosa tus caballos cazadores de zorritos, Jack». Presidente del Club de Caza: «Son caballos muy útiles; podemos montarlos o comérnoslos.» ¿Qué tiene esto de gracioso?

DOCTOR KIRBY.—No tengo la menor idea. Tendría que ver el dibujo.

WILFRED.—*(Hojeándolo.)* Y aquí viene otro. «Oficial del Ejército, revisando un puesto de guardia: «Si vieras a un soldado enemigo, ¿qué harías?» Centinela: «Le diría ¡alto!» Oficial: «Y si no se

detuviese?» Centinela, con regodeo: «Agarro mi bayoneta y lo cazo.» No me parece muy divertido.

DOCTOR KIRBY.—No; para el enemigo no sería muy divertido. Tuve ocasión de ver unas fotografías de heridos de bayoneta.

WILFRED.—No, por Dios. No me gustaría nada que alguien viniese detrás de mí con una bayoneta.

DOCTOR KIRBY.—Bueno, a mí eso no me preocuparía. No parece muy probable. El mundo es mucho más sensato de lo que creen los diarios. Y ahora tienes la ciencia para ayudarlo.

WILFRED.—Papá, ¿sientes que yo no haya escogido una carrera *científica? ¿Que no sea médico, por ejemplo?*

DOCTOR KIRBY.—No, si eres feliz como estás.

WILFRED.—Bueno, no sé si soy «feliz».

DOCTOR KIRBY.—*(Apresuradamente.)* No quería decir eso. Es una palabra tonta. Digamos razonablemente contento.

WILFRED.—Bueno, no estoy mal, ¿sabes?

DOCTOR KIRBY.—Después de todo, estás viendo el mundo. Es más de lo que hice yo.

WILFRED.—*(Con vacilación.)* Sí. Pero me parece que no estoy arraigado en ninguna parte. Parece que ya no pertenezco a esta casa, y, sin embargo, tampoco encajo en el Africa Occidental... Eso nadie podría.

DOCTOR KIRBY.—Bueno, a tu edad eso no debería preocuparte. Después de todo, tienes todo el tiempo para ti. Años y años y años.

WILFRED.—*(Con esperanza.)* Sí, es cierto. ¿Te preguntas a menudo cómo serás dentro de diez años?

DOCTOR KIRBY.—*(Secamente.)* No, a menudo no.

WILFRED.—No, desde luego. Naturalmente, no se te ocurrirá hacerlo.

DOCTOR KIRBY.—*(Asperamente.)* ¡Oh! ¿Por qué?

WILFRED.—Bueno, cuando se es más viejo ya se está completamente fijado, ¿no? Siempre estuviste aquí y...

DOCTOR KIRBY.—Y siempre me quedaré, ¿eh? Hablas como si yo no fuese únicamente cierta cantidad de materia perecedera, igual que tú mismo, sino la Peña de las Vacas, allá en el páramo de Edén. Supongo que eso es lo que debo parecerte. Aquí estaba yo, todo entero, cuando tú llegaste, y así he de seguir siempre. Esto es ser padre. Se convierte uno en una institución; no es un ser humano.

WILFRED.—A mí no me vendría mal tener un poquito más de institución, papá. Todo parece escapárseme siempre. Y nunca parezco estar en el lugar que me corresponde.

DOCTOR KIRBY.—*(Enérgicamente.)* En parte es el hígado y en parte el aburrimiento. Debería ahora dar una caminata a buen paso. *(Se dirige hacia la puerta izquierda.)* A propósito, ahora que Stella está aquí y parece que quiere quedarse unas semanas..., creo que deberíamos recibir más. ¿No te parece?

WILFRED.—Excelente idea. Si es que se puede encontrar gente que valga la pena de recibirla.

DOCTOR KIRBY.—No debe ser imposible. Piensa en algunas personas... Gentes jóvenes que pudieran gustarle a Stella... a quienes se pueda invitar. (SARAH *aparece en la puerta de la izquierda.)* ¿Qué hay, Sarah? ¿Me buscabas?

SARAH.—*(Dándole una carta.)* La trajo ese muchachito de mistress Hepple.

DOCTOR KIRBY.—*(Echando a la carta una mirada.)* Bueno, iré. Si alguien viene a buscarme, volveré dentro de una hora aproximadamente, Wilfred. *(Sale.* SARAH *se separa de la puerta para dejarlo pasar. Luego entra, cerrando la puerta tras de sí.)*

SARAH.—*(Después de esperar un momento.)* Ahora te voy a decir lo que es...

WILFRED.—*(Cogiendo el número de* «Punch»). ¡Oh!, déjame, Sarah, quiero leer.

SARAH.—*(Ofendida.)* Bonito modo de hablar, ¿no?

WILFRED.—No es bonito, pero quiero quedarme tranquilo.

SARAH.—*(Dirigiéndose lentamente hacia la puerta de la derecha.)* Hubo un tiempo en que habrías recibido una buena azotaina por contestarme así. Pero ahora eres todo un hombre y yo una vieja. Sí..., y sé lo que estarás pensando: una vieja tonta. Bueno, vieja seré, pero no soy tan tonta como creen...

WILFRED.—*(Obstinadamente.)* Quiero leer.

SARAH.—*(Por tener la última palabra.)* ¡Para lo que vale! *(Sale, cerrando la puerta.* WILFRED *levanta los ojos, mirando a las dos puertas; luego se incorpora. Está un momento más bien indeciso. Va hacia el teléfono, saca un librito de su bolsillo, como si tuviese que verificar el número que necesita. Luego alarga la mano hacia el aparato, vacila y escucha, se siente tranquilizado al no oír nada; pone otra vez la mano en el auricular.* SARAH, *abriendo la puerta de la derecha, maliciosa y triunfante.)* Creí que querías leer.

WILFRED.—*(Apartándose del teléfono, sorprendido y enfadado, grita.)* ¿A ti qué te importa lo que quiero hacer?

SARAH.—No es leer andar jugando con esa cosa.

WILFRED.—*(Más bajo.)* Esto es asunto mío.

SARAH.—Has andado casi todo el día con ganas de hacerlo a escondidas. Ya te he visto. Y tampoco es la primera vez. Si tuvieras algo en la cabeza, dejarías eso.

WILFRED.—No sabes de qué estás hablando.

SARAH.—Sí que lo sé. Eso está bien para el doctor, hablar con gente enferma que está en apuros..., pero para ti nada bueno puede resultar de hablar por esa cosa. Si es algo que vale la pena decirlo, hay que decirlo como se debe, en vez de graznar por esa máquina de locos. Y si te importa algo la muchacha...

WILFRED.—*(De mal humor.)* ¿Cómo sabes tú que es una muchacha..., como dices?

SARAH.—No andarías con tantos rodeos si no fuera una chica.

Y la chica no puede ser gran cosa cuando tienes que hacerlo tan en secreto. Déjala en paz a ella y a la telemáquina esa.

WILFRED.—¡Oh diablos! Ahí viene alguien. ¡Qué latosa eres, Sarah!

SARAH.—Será miss Lilian. *(Miran hacia la puerta, y* CHARLES APPLELY *entra con desparpajo. Es un hombre de unos cuarenta años, lleva un traje de «tweed», de color algo fuerte, completamente un actor en el campo. Lleva también un impermeable muy amplio, mojado por la lluvia. Tiene aspecto de beber demasiado. Le quedan rasgos de buena educación y «charme», pero es dudoso que sean duraderos.)*

CHARLES.—*(Sonriendo.)* Empieza a llover. ¡Cuánta lluvia hemos tenido este otoño!, ¿no?

WILFRED.—*(Boquiabierto.)* Sí.

SARAH.—¿Viene usted a ver al doctor Kirby?

CHARLES.—*(Divirtiéndose.)* No en particular. Ahora bien; no estoy del todo seguro acerca de usted. Pero *(A* SARAH.) sé quién es usted. Usted es Sarah.

SARAH.—Bueno, ¿y si lo soy?

CHARLES.—La reconocí en seguida, ¿no ve? He oído hablar mucho de usted.

SARAH.—Pues yo a usted no lo vi nunca, joven.

CHARLES.—*(A* WILFRED.) Sobre usted no estoy muy seguro. No llego a reconocerlo. Pero puede que no sea usted un miembro de la familia.

WILFRED.—Sí lo soy. Soy Wilfred Kirby.

CHARLES.—*(Sonriendo.)* Claro. Pues yo también pertenezco a la familia.

SARAH.—¡Eso sí que no!

CHARLES.—Disculpe usted, pertenzco. Soy Charles Applely.

SARAH.—Eso no nos dice nada.

CHARLES.—No puedo dejarlo así. *(Va hacia la puerta, la abre y llama.)* ¡Hola! ¡Eh, Lilian!... Lilian..., venga y preséntenme. Aquí no saben nada de mí. Estamos todos muy molestos.

WILFRED.—Bueno, ¿es una broma?

CHARLES.—*(Volviendo de la puerta.)* Nada de broma, hijito. Aquí está Lilian. Venga, Lilian.

LILIAN.—Wilfred, este es míster...

CHARLES.—¡Eh, espere un poco! Nada de míster. Applely a secas. Charlie Applely... Charlie.

LILIAN.—*(Un poco áspera.)* Es nuestro cuñado. El marido de Stella.

SARAH.—¡No es posible!

CHARLES.—Lo siento. Me imagino lo que le pasa, Sarah.

WILFRED.—Pero, escuche usted... ¿cuándo fue eso?

CHARLES.—Hace tres años, en Australia. Vamos a completar la ceremonia de presentación, ¿no? *(Tiende la mano a* WILFRED.) ¿Cómo está usted?

WILFRED.—*(Con una risa nerviosa, le estrecha la mano.)* ¿Cómo está usted?

CHARLES.—*(Adelantándose y tendiendo la mano.)* Sarah...

SARAH.—*(Yendo hacia él, algo perpleja.)* ¿Y es usted de veras el marido de miss Stella?

CHARLES.—El marido de mistress Stella. Sí.

SARAH.—*(Perpleja y desconfiada.)* ¡Pero si ella no me ha dicho ni una palabra de todo esto, ni una palabra! No lo puedo comprender.

LILIAN.—*(Asperamente.)* Un momento, Sarah. Quiero que me ayudes. (LILIAN *va hacia la puerta,* SARAH *la sigue lentamente, mirando a* CHARLES *con perplejidad y estupefacción. El la mira al mismo tiempo que enciende un cigarrillo. Salen* LILIAN *y* SARAH.)

CHARLES.—La pobre vieja está convencida de que soy un impostor. Y tengo que confesar que nunca me sentí más como si lo fuese.

WILFRED.—Pero ya ve usted que no sabíamos nada de eso.

CHARLES.—*(Seco.)* Sí, me di cuenta.

WILFRED.—Hace cuatro días que está aquí y no ha dicho ni una palabra.

CHARLES.—No sabría cómo darles la noticia, supongo. A veces resulta difícil. Yo precisamente no soy un buen descubridor de noticias.

WILFRED.—¿Usted es también actor?

CHARLES.—¡Esa es mi fama! Sí, soy actor.

WILFRED.—Lo siento..., pero...

CHARLES.—No se disculpe. Supongo que aquí llevan una vida tranquila. Parece una vida tranquila, a juzgar por lo poco que he visto.

WILFRED.—¡Oh! Yo estoy aquí solamente con licencia. Del Africa Occidental.

CHARLES.—¿Soldado?

WILFRED.—No. Trabajo en la Compañía de Comercio Británica del Africa Occidental.

CHARLES.—Son ustedes una familia muy andariega, ¿no? ¿Y por qué estoy con esta maldita cosa puesta? No lo sé. *(Empieza a quitarse el impermeable.* WILFRED *lo ayuda.)* Soy actor desde hace veinte años. Me escapé de Oxford para dedicarme al teatro. Estuve en todas partes, trabajé en casi todo. Empecé de galán, ahora hago papeles de... Pronto seré característico. ¡Qué vida!

WILFRED.—¿No le gusta?

CHARLES.—Nunca pude saberlo. ¿Le gusta a usted Africa?

WILFRED.—No estoy seguro. *(Ambos ríen.)* Dígame: ¿se quedará usted aquí?

CHARLES.—Así parece, ¿no?

WILFRED.—Tengo la esperanza de que sea así.

CHARLES.—¿Por qué?

WILFRED.—Bueno, podríamos salir juntos un poco. A menos que usted quiera estar con Stella todo el tiempo.

CHARLES.—*(Seco.)* No, no creo que quiera estar todo el tiempo con Stella. Sí que saldremos juntos. No me imagino adónde podremos ir, juzgando por lo poco que he visto del vecindario, pero seguramente usted sabrá dónde se divierten los muchachos del pueblo..., los mozos bravíos. No me imagino que se haya usted venido desde el Africa Occidental para ver cómo cae la lluvia en los viejos muros de piedra..., ¿no?

WILFRED.—Claro que no.

CHARLES.—Tiene que llevarme por ahí, enseñarme lo que haya que valga la pena, y vamos a ver si podemos divertinos. Nunca estuve en un pueblo. Y estuve en bastantes lugares bravos..., donde no podía uno divertirse por mucho que se esforzase.

WILFRED.—Haré todo lo que esté a mi alcance.

CHARLES.—*(Bostezando.)* El caso es que usted es un hallazgo. Me veía reducido a unas tristes charlas sobre la apendicitis, con su padre, en el consultorio. A propósito, ¿qué clase de hombre es?

WILFRED.—¡Oh! Papá es un buen sujeto.

CHARLES.—A decir verdad, no me entusiasmaba la idea de conocerlo. Después de todo, es bastante embarazoso que le caiga a uno un yerno encima, así, de repente. Y un actor, para remate. Pelo grasiento, cuello sucio. Nada de dinero. Seguramente un pillo.

WILFRED.—*(Con entusiasmo.)* Yo creo que va a ser de lo más divertido tenerlo a usted aquí.

CHARLES.—Menos mal si hay alguien que lo crea. Pero en este momento no estoy muy en forma. Estoy medio muerto. Me levanté demasiado temprano para poder tomar ese tren. ¡Y qué tren! *(Entra* LILIAN.) Estaba diciendo que me sentía medio muerto a consecuencia de ese tren.

LILIAN.—Espero que no le importe dormir en una cama plegable.

CHARLES.—De ningún modo, con tal que no sea una de esas que se cierran en mitad de la noche.

WILFRED.—No; es buena. Pero, mire usted, quédese en mi cama y yo dormiré en la plegable.

LILIAN.—Pueden arreglarlo entre ustedes. Porque le he puesto la cama en tu cuarto, Wilfred.

WILFRED.—Muy bien. *(Vacila.)* Pero, mira, ¿no debería estar...? Ya sabes.

LILIAN.—*(Con vivacidad.)* Está bien así. Soy yo quien maneja la casa.

CHARLES.—Y la maneja muy bien, me consta. Me gustaría descansar una hora, si no hay inconveniente.

LILIAN.—Ninguno. Debe usted de estar cansado. ¿Tiene hambre?

CHARLES.—No, gracias. No tengo hambre, pero tengo una sed bárbara. ¿Podría beber algo?

LILIAN.—¿Quiere usted té?

CHARLES.—*(Con gravedad burlona.)* Lo siento, pero me hace daño. Si anduviese por ahí un trago de «whisky» con soda...

WILFRED.—En el comedor hay.

LILIAN.—*(Dirigiéndose a la puerta izquierda.)* Venga. Voy a enseñarle su cuarto. Después tengo que volver a salir.

CHARLES.—*(Siguiéndola.)* Llevaré mi bebida al cuarto y así no molestaré a nadie. *(Salen, y* WILFRED *los sigue. La escena se oscurece. Al poco rato* WILFRED *vuelve, con impermeable y gorra. Cierra la puerta tras de sí, luego se dirige nerviosamente al teléfono. Mira otra vez un librito. Descuelga el receptor. Está muy nervioso y jadeante al hablar.)*

WILFRED.—*(Al teléfono.)* ¡Hola!... Deme Derly, dos, seis... ¡Hola! ¿Hablo con Derly, dos, seis? ¿Es El ciervo blanco? ¿Podría hablar con miss Alicia Murgatroyse, por favor? ¡Oh!, pero ¿no podría usted llamarla?... Es..., ¡oh!..., un amigo... Sí, es «importante»... ¡Oh!, muchas gracias... ¡Oh! *(Con voz entrecortada.)* ¿Es usted, Alicia? Habla Wilfred. *(Más fuerte.)* Wilfred, ya sabe. Wilfred Kirby... *(Decepcionado.)* ¿No ha reconocido mi voz?... ¡Oh!, ya... ¿Recuerda la otra tarde? Escuche, ¿puedo verla hoy?... ¡Oh!, no es lo mismo, en absoluto, verla en el bar... Pero quiero verla a solas... Por favor Alicia... ¡Oh! *(Decepcionado.)* Pero, escúcheme, si no entra a trabajar hasta las siete, podría verla antes. Iría en seguida... ¡Pero no puede usted tener tanto que hacer! *(Con alegría.)* Muy bien. Voy en el acto, en bicicleta... *(Otra vez con desesperación.)* No. palabra, no llueve mucho. No es nada. De veras. Y seguramente habrá parado cuando llegue... Bueno, en el puente entonces, ¿eh? Pero tiene que venir... ¡Olé! ¡Olá!... *(Cuelga el receptor, respira fuerte, se seca la frente y se pone el impermeable. Oye voces por la puerta de la izquierda, lanza una mirada hacia ella y se apresura a salir por la derecha. La escena queda casi completamente a oscuras. Se abre la puerta izquierda y entran* STELLA *y* FARRANT, *los dos con impermeables o abrigos mojados.)*

STELLA.—No hay nadie, gracias a Dios. Podremos seguir charlando. ¿Quiere encender las lámparas?

FARRANT.—Sí. Y no es la primera vez que lo hago en esta habitación. *(Enciende un fósforo y con él las lámparas.)* ¿No está usted muy empapada?

STELLA.—Bastante. *(Se quita el abrigo.)* Creo que deberíamos poner nuestros abrigos en el cuarto de costura, para que se sequen. Déme el suyo.

FARRANT.—No, yo llevaré los dos. Déme el suyo. *(Lleva los abrigos al cuarto de la derecha.* STELLA *se arregla el pelo, se sacude la falda. Lleva ropa de campo, diferente de la del primer acto. Luego canturrea una melodía. Resulta evidente que se siente feliz.* FARRANT, *volviendo.)* Se está bien aquí después de la lluvia fuera. Resulta... confortable.

STELLA.—*(Ríe.)* Eso suena a hombre de edad madura, Geoffrey.

FARRANT.—No me parece. Siempre me gustó estar cómodo des-

pués de haber caminado. Ya de chico *(Ambos se sientan.)* me gustaba. Ese es el momento en que sabe mejor una pipa. Aquí dentro, después de haber estado al viento y la lluvia. *(Enseña su pipa.)* ¿Le molesta?

STELLA.—Ya se lo he dicho. Adoro su pipa. Yo también voy a fumar. ¿Tiene un cigarrillo para mí, por favor?

FARRANT.—Por supuesto. *(Alarga su pitillera.* STELLA *toma un cigarrillo.)*

STELLA.—*(Mostrando el cigarrillo y sonriendo.)* ¿Le desagrada?

FARRANT.—Reconozco que hubo un tiempo en que me molestaba que fumasen las mujeres. Pero no me importa que usted lo haga.

STELLA.—¿Quiere usted decir que no importa cuando se trata de una vieja bruja endurecida como yo?

FARRANT.—No diga tonterías, Stella. Está usted más bonita que nunca y no puede haber nadie menos endurecido, como usted dice.

STELLA.—Se ha vuelto usted sospechosamente hábil en estas cosas, Geoffrey, mucho más que antes. Habrá practicado mucho durante mi ausencia. (FARRANT *enciende el cigarrillo de* STELLA *y luego su pipa.)* Bueno, el paseo no duró mucho y hubo demasiada lluvia... pero me encantó.

FARRANT.—Muy bien.

STELLA.—La lluvia sienta bien a estos lugares.

FARRANT.—Menos mal. Porque llueve bastante.

STELLA.—*(Soñadora.)* Me pregunto si usted puede comprender lo que significa volver después de tanto tiempo.

FARRANT.—Claro que lo comprendo. Yo también estuve ausente más de dos años, durante la guerra de Africa. No lo olvide.

STELLA.—No, no lo olvido. Pero yo estuve ausente mucho más. Parecen siglos. Sucias ciudades provincianas. Docenas de ciudades. A lo mejor no eran sucias, pero al recordarlas me parecen tiznadas y lóbregas. Sofás de crin, enormes camas matrimoniales en pequeños cuartos oscuros, olor a coles y mantas viejas en los pasillos. Pequeños camarines hediondos. En los teatros, la entrada de artistas por estrechos callejones.

FARRANT.—Debe de ser horroroso. No alcanzo a comprender cómo lo aguantó.

STELLA.—Luego, Londres. El verdadero Londres. Cuartos, cuartos en Victoria y Paddington. Comidas en cafés. Días y días de niebla. Ni espacio ni aire fresco.

FARRANT.—¿Pero cuando iba de gira era mejor?

STELLA.—Sí. Vimos bastante. Algunos lugares eran preciosos. Y algunos... no lo eran. Pero, querido amigo, en ningún sitio había nada parecido a esto.

FARRANT.—No lo hay nunca, cuando se trata del propio país.

STELLA.—*(Con éxtasis.)* Los muros de piedra gris trepando por los páramos, Geoffrey. Los riachuelos que se precipitan abajo. Los brezos y los helechos. Los campos verdes, verdes. Los enormes

cerros oscuros y pensativos. Este olor a brezo, salado y fresco. ¡Oh, maravilloso, maravilloso! Me siento como si acabase de salir de la cárcel. Vuelvo a vivir. Usted no lee poesía, ¿verdad, Geoffrey?

FARRANT.—*(Disculpándose.)* No mucho. Kipling, ya sabe usted. Pero de la mayoría de los otros no saco nada.

STELLA.—Bueno, hay dos versos de Wordsworth que para mí evocan estos lugares mejor que cualquier otra palabra. Los he repetido sin cesar..., en camarines sofocantes, en trenes donde no podía dormir, en toda clase de lugares infernales..., y siempre me han traído de vuelta a casa.

FARRANT.—Hacía usted bien. ¿Cuáles son?

STELLA.—Están al final de un ridículo poema sobre un joven pastor que hereda una finca. Recuerdo los dos versos anteriores, así que los diré también. *(Recita, dando profundo sentimiento a los dos últimos versos:)*

Halló amor en las chozas donde yacen los pobres.
Fueron sus maestros constantes los bosques y arroyos.
El silencio que está en el cielo estrellado.
El sueño que está en los solitarios cerros.

FARRANT.—Repita la última parte.

El silencio que está en el cielo estrellado.
El sueño que está en los solitarios cerros.

FARRANT.—*(Pensativo.)* Comprendo lo que quiere decir. Es Wordsworth, ¿no? Tengo que trabajarlo otra vez. *(*STELLA *ríe.)* ¿Qué tiene de cómico?

STELLA.—De pronto me pareció verlo... en aquel cuarto suyo, en su casa solariega... trabajando a Wordsworth.

FARRANT.—*(Después de una breve risa.)* Puede usted comprender por qué me quedo en esa vieja casa...

STELLA.—¡Ya lo creo!

FARRANT.—En verdad, no es mucho esfuerzo cuidar la granja, y a veces me digo que soy un perezoso quedándome aquí, yendo de caza y de montería. Me hubiera gustado quedarme en el Ejército, desde luego, pero con mi pierna no era posible. Y la verdad es que nunca me atrajo ninguna otra cosa. Probablemente porque no quiero dejar mi vieja casa.

STELLA.—No debe dejarla nunca.

FARRANT.—El viejo Bickley, el zapatero de Edén Término..., socialista..., siempre me dice que tarde o temprano él y sus camaradas me van a echar de la casa solariega y de las tierras. Y yo siempre le digo que si lo hacen tendrá que darme trabajo..., arreglar zapatos como él. No es un mal tipo el viejo Bickley, aunque diga muchas tonterías.

STELLA.—Lo recuerdo, es un buen viejo. Recuerdo también que cuando era chica, alguien, tal vez Sarah, me dijo que el señor Bickley no creía en Dios. Y desde entonces lo miraba con horror. Pero me fascinaba. Me parecía verlo en el infierno. ¿Sabe usted?,

estos últimos días estuve recordando mi infancia. Cosas... ¡Oh!, montones de cosas... que había olvidado, de pronto volvieron.

FARRANT.—¿Eso le gusta?

STELLA.—Sí. Aunque algunas de esas cosas sean tristes.

FARRANT.—Espero que no sea yo una de esas.

STELLA.—No, usted vino más tarde, Geoffrey. Cuando yo empezaba a creer..., o lo imaginaba. Cuando yo era *(En tono absurdo.)* una «jovencita».

FARRANT.—Usted sigue siendo una jovencita.

STELLA.—¡Oh! No sea ridículo. Soy una mujer, y muy pronto..., ¡horror!..., seré un vejestorio.

FARRANT.—Eso me coloca decididamente entre los vejestorios, porque soy mayor que usted.

STELLA.—Para un hombre es distinto. Usted, simplemente, empieza a aproximarse a la madurez.

FARRANT.—Quiero creer que esté madurando bien.

STELLA.—Está madurando maravillosamente, Geoffrey.

FARRANT.—Sin embargo, usted ha cambiado y yo no.

STELLA.—¿En qué he cambiado? *(Apresuradamente.)* Si es algo desagradable, no me lo diga. No puedo dejarle que estropee este día.

FARRANT.—No es desagradable.

STELLA.—Entonces siga y dígame lo que es.

FARRANT.—Cuando pensaba en usted.

STELLA.—¡Oh! ¿Así que pensaba en mí?

FARRANT.—*(Serio.)* He pensado muchísimo en usted. Me preguntaba frecuentemente dónde andaría, qué haría, etcétera, y siempre imaginaba que después de trabajar en el teatro y vagabundear por aquí y por allá...

STELLA.—No estoy segura de que me guste que me imagine saliendo del teatro y vagabundeando por aquí y por allá.

FARRANT.—Bueno, ya sabe lo que quiero decir. Creí que sería más dura. Más dura de lo que era antes.

STELLA.—Y con usted había sido bastante dura, ¿no? ¡Pobre Geoffrey! Fui un animalito malvado y orgulloso.

FARRANT.—No; no es cierto. Pero a veces me hizo pasarlas moradas, ¿no es verdad?

STELLA.—Sí. Y ahora le pido perdón. No importa, Geoffrey, si lo traté muy mal, porque ha sido vengado en todo este tiempo.

FARRANT.—¡Oh! ¿Cómo? ¿Por quién?

STELLA.—No se asuste tanto. Quiero decir por..., bueno..., la vida. Entonces creía saberlo todo: no sabía nada. Y cuando el hecho se impuso..., dolió. Pero dígame, ¿creía usted que podía haberlo vuelto más dura todavía?

FARRANT.—Sí, lo creía. Y no fue así. Es usted...

STELLA.—*(Riendo.)* Más blanda. Pero yo no quiero ser más blanda. Suena mal.

FARRANT.—No es eso lo que quiero decir. Ya sabe que no valgo para estas cosas.

STELLA.—*(Dulcemente.)* Vale mucho más de lo que cree. Además he tenido la desgracia de encontrar por ahí un montón de hombres que se enorgullecían de valer mucho para esas cosas.

FARRANT.—Apostaría a que eran todos unos bellacos.

STELLA.—Sí, Geoffrey, en su mayor parte eran bellacos.

FARRANT.—Lo que yo quería decir es que siempre es usted..., usted..., Stella..., pero más buena, más dulce... Sí, lo voy a decir..., más tierna de lo que solía ser. Por lo menos conmigo.

STELLA.—Me alegro de que le parezca así. Quisiera serlo. He aprendido mucho en estos últimos ocho años. A menudo pensé en lo mal que lo había tratado a usted en otros tiempos, cuando estaba aquí. Y a muchas millas de distancia..., a muchos años de distancia..., sentí vergüenza. A veces, últimamente, tuve la tentación de escribirle y decírselo. Pero no sabía lo que habría sido de usted. Podía haberse olvidado por completo.

FARRANT.—*(En voz baja.)* Bastante lo procuré.

STELLA.—Lo comprendo.

FARRANT.—Quería seguir mi propia vida. Usted había seguido la suya. Era razonable, ¿no?

STELLA.—Sí. Y eso es lo malo. Era demasiado razonable.

FARRANT.—Eso es. Demasiado razonable. Me di cuenta en cuanto entré aquí la otra tarde y la vi. En los dos últimos años había alcanzado bastante éxito.

STELLA.—¿En olvidarme?

FARRANT.—Sí. Hasta podía venir aquí a menudo..., algunas veces a ver a su padre y a Wilfred, cuando estaba con licencia. Pero principalmente para ver a Lilian. La veía mucho, ¿sabe?

STELLA.—Me he dado cuenta.

FARRANT.—Lilian es una gran muchacha, ¿sabe?

STELLA.—Seguramente lo es. Esto suena absurdo dicho por mí, su hermana. Pero el caso es que no la conozco muy bien ahora. Ha crecido y sospecho que ha cambiado. Pero estoy segura de que hay algo muy fuerte y muy noble en ella. Siempre tuvo más valor y más fuerza y honradez que yo. *(Viendo que él quiere protestar.)* No, lo creo así, de veras. ¿Cree usted que no me conozco? Yo soy inestable, soy débil, soy cobarde.

FARRANT.—No lo es.

STELLA.—Usted no lo sabe, querido amigo. En este mismo instante estoy siendo débil y cobarde.

FERRANT.—No lo creo.

STELLA.—*(Casi llorando, pero con una sonrisa.)* No quiere creerme. *(Sonriéndole.)* ¡Querido Geoffrey!

FARRANT.—Puede que sea inestable. No lo sé. Pero sé una cosa. Yo no soy inestable. *(Va hacia ella y le toma las manos.)* La quería hace años y la quiero ahora igualmente. Ahora veo por qué no me ha importado nadie durante todo este tiempo: por causa de

usted. No hay más que usted para mí. La quiero, Stella. *(La mira.* STELLA *levanta la cara hacia él y él la besa.* STELLA *apoya la cabeza en el hombro de él, cerrando los ojos. No dicen nada.)* Es posible que yo no lea poesía, Stella, pero esto lo he imaginado muchas veces.

STELLA.—*(Con una pequeña sonrisa.)* Yo también a veces lo pensé.

FARRANT.—Por Dios, ¿es cierto? Si lo hubiera sabido, habría galopado por toda Australia y Estados Unidos en su busca. *(Quiere besarla de nuevo, pero ella levanta la mano y mueve la cabeza.)* No, puede que tenga razón. Ahora necesitamos hablar.

STELLA.—Sí, pero no va a ser la clase de conversación que usted imagina, Geoffrey. Nada de proyectos ni de arreglos, nada de guías de ferrocarriles, nada de «en dónde quedamos». Nada de eso.

FARRANT.—*(Perplejo.)* ¡Oh!

STELLA.—No podemos colocarnos ante los ojos del mundo como mercancías en el escaparate de un comercio elegante. No se trata de una conversación de esa clase. Será simplemente una charla ociosa, tonta, que no va a parar a ningún sitio, que no significa nada y, sin embargo, puede significarlo todo. No importa, por ahora, quiénes somos, ni en qué estamos, ni nada parecido. Piense solamente en nosotros dos, aquí, en un pequeño cuarto confortable, perdido en la lluvia que cae sobre los brezales. Estamos de veras perdidos. No hay nadie más. Solamente nosotros. Y el tiempo se ha detenido para nosotros.

FARRANT.—Ya veo. O, por lo menos, así lo creo.

STELLA.—*(Soñando.)* ¡Oh! No tenemos que hablar. Solamente estar quietos. Tratando de hacer que se detenga el tiempo. Porque huye a una velocidad vertiginosa, Geoffrey.

FARRANT.—Yo no sé. Las cosas no cambian tanto.

STELLA.—Sí que cambian. Solo dentro de diez años..., en mil novecientos veintidós... ¡Qué raro suena!, ¿no?

FARRANT.—Habremos entrado en nuestro quinto decenio.

STELLA.—Lo sé. Y, sin embargo, todo podía haber cambiado. ¡Quién sabe Tal vez recordemos este año y nos parezca... mil años atrás. En otro mundo, en un mundo perdido.

FARRANT.—Pero aquí no cambian mucho las cosas.

STELLA.—Sí que cambian. No estuve ausente mucho tiempo, y sin embargo todo está distinto. Mamá se ha ido. Wilfred y Lilian han crecido..., se han vuelto casi extraños. Papá está envejecido..., demasiado envejecido. Hablo como el vagabundo de Stevenson. ¿Recuerda aquellos versos que yo nunca acababa de recitar? *(Recita muy dulcemente.)*

Era la casa entonces un hogar querido,
  lleno de caras bondadosas.
Era la casa entonces un hogar
  dichoso para el niño.

El fuego y las ventanas relucientes
brillaban en el páramo.
La canción, la melódica canción,
en el erial construía un castillo.

(En el momento en que STELLA *termina, se abre la puerta de la izquierda y aparece* CHARLES. *Se ve que acaba de dormir una siesta.* FARRANT *lo mira con sorpresa.* STELLA, *al verlo, da un grito y se levanta con la mano en el corazón.)*

CHARLES.—Siento haberte alarmado, Stella, pero no quería interrumpir el espectáculo.

STELLA.—*(Con enorme esfuerzo.)* ¡Charles!

CHARLES.—*(Alegremente.)* ¿No te dijeron que había llegado? ¡Qué lástima! Querían darte una sorpresa, seguramente. Algo con que pasar la larga tarde otoñal.

STELLA.—¿Pero cómo llegaste aquí?

CHARLES.—Por el tren, querida. El tren de Londres. Horas y horas y horas de tren. Me siento, además, un tanto borracho. *(Indicando a* FARRANT, *que permanece rígido, en pie.)* Me temo que estemos desconcertando a tu amigo..., este caballero. ¿No te parece que debes presentarme?

STELLA.—*(Calla un momento; luego, haciendo un gran esfuerzo.)* Geoffrey, este es Charles Applely, mi marido. El capitán Farrant.

CHARLES.—Buenas tardes. Un viejo amigo de mi mujer, supongo. Creo haberle oído hablar de usted. *(Mira a los dos con atención.)* Si me disculpan un momento, voy a buscar un trago. El tren siempre me da sed... Curioso, ¿no? *(Sale.* FARRANT *mira fijamente a* STELLA.)

FARRANT.—¿Es cierto?

STELLA.—Sí.

FARRANT.—Pero ¿por qué no me lo dijo?

STELLA.—*(Con una sonrisa triste.)* Le dije que yo era débil y cobarde, ¿no?

FARRANT.—*(Con desprecio.)* Sí, pero no creí que tanto.

STELLA.—Por favor, Geoffrey, no trate de herirme. Ya he sido bastante herida.

FARRANT.—¿Y yo? ¿Cree acaso que me estoy divirtiendo?

STELLA.—*(Llorando.)* Por favor, Geoffrey. No es tan grave como parece. Nos casamos hace tres años y hace ya un año que estamos separados. No sé por qué está aquí. Yo no lo invité a venir.

FARRANT.—Creo que no estoy dispuesto a oír más sobre este asunto. Tengo que irme.

STELLA.—¡No hace más que unos minutos que me sentía tan feliz! Sabía que no podía durar. Y no duró siquiera lo que esperaba.

FARRANT.—No merecía durar un segundo. Voy a buscar mi abrigo. *(Va al cuarto de la derecha.* STELLA *hace un gran esfuerzo para*

no derrumbarse completamente. En el momento en que reaparece FARRANT *con su abrigo y su gorra, aparece* CHARLES *en la otra puerta con una vaso de «whisky» en la mano.)*

CHARLES.—¡Cómo! ¿Se va?

FARRANT.—*(Tajante.)* Sí. Adiós. *(*STELLA *les vuelve la espalda.* CHARLES *se aparta para dejar pasar a* FARRANT. FARRANT *sale. Se oye cerrar la puerta exterior.* STELLA *permanece apartada.)*

CHARLES.—*(Que no es malo. Un buen tipo insensible.)* Lo siento, Stella. No tenía la intención de irrumpir así, a deshora. Siempre meto la pata. No tengo tacto; eso acaba de costarme el empleo. Te vas a reír cuando te lo cuente. *(*STELLA *se sienta lejos de él y mira fijamente al espacio. No está poniendo cara de enfado, pero se ha olvidado por el momento de todo lo que no sea su propia miseria.)* ¿Te lo cuento? Tal vez convenga dejarlo para más tarde. No es cosa de estropearlo. Pero te vas a reír cuando te lo cuente. *(Toma un buen trago de «whisky» y la mira con algo de nostalgia.)*

STELLA.—*(Con voz sorda.)* ¿Por qué viniste aquí?

CHARLES.—*(Tratando de tomarlo a la ligera.)* ¡Oh!... Pues ya ves, estaba descansando y me aburría la ciudad. Pensé que un cambio me haría bien. Todo en regla, ¿sabes? Recibí una invitación y pensé que tal vez viniese de ti... indirectamente.

STELLA.—No; no partió de mí.

CHARLES.—No comprendo. Aquí nadie parece saber mucho de mí. Todavía no conozco a tu padre.

STELLA.—No va a ser fácil.

CHARLES.—¿Por qué?

STELLA.—No puedo explicártelo.

CHARLES.—Empiezo a sentirme como un niño anticipado que apareciese en una boda. Una cálida acogida se dedicó al señor Charles Applely, tan apreciado en el norte de Inglaterra. ¡Oh, gran Charley!, gritaban.

STELLA.—*(Con cansancio.)* ¡Oh..., no hagas el cámico, Charley!

CHARLES.—Bueno, algo tengo que hacer, ¡qué diablos! Míralo desde mi punto de vista. Tengo mis sentimientos, igual que tú y tu viejo amigo, el caballero inglés de tez bronceada y de vida limpia que acaba de desatrancar enfadado. Vine aquí por que me invitaron. Me imaginé que tú tenías que ver algo en ello; después de todo, todavía eres mi mujer. Me levanto a una hora inaudita de la mañana... en completa oscuridad..., viajo todo el día, y cuando llego me tratan como si fuese un síntoma de viruela.

STELLA.—¡Oh, ya lo sé! No es tuya la culpa.

CHARLES.—A propósito, ¿cuál es el número del teléfono de esta casa?

STELLA.—No sé. Ahí estará apuntado.

CHARLES.—*(Va al teléfono y toma nota.)* Tengo que mandárselo a mi empresario. Pueden necesitarlo con urgencia, porque me preparan dos o tres nuevas giras. Alguien ha hablado de una reposición de «Vieja Heidelberg» y «El monje y la mujer». Un título así

tiene que llenar la sala. Ya sabes que Hilde Moore está de gira con «Bella Donna». Si ella quisiera volver a Londres y la gira continuase, quizá hubiese una posibilidad para ti. Ya hiciste algunos papeles de Hilde Moore.

STELLA.—He acabado con el teatro.

CHARLES.—No lo creo. Eso ya lo he oído otras veces. Uno no acaba con el teatro antes que el teatro acabe con uno. Dentro de un mes estarás trabajando.

STELLA.—*(Moviendo la cabeza.)* No.

CHARLES.—También yo lo dije. Todos lo decimos. Y hasta lo creí. Recuerdo una vez..., fue como dos años antes de conocerte... Estaba de gira con «Un mensaje desde Marte»... y... *(Entra* LILIAN *llevando libros de cuentas, etc.)* ¡Hola! Parece muy atareada.

LILIAN.—Tengo que llevar las cuentas de papá.

STELLA.—*(Hostil.)* ¿Por qué?

LILIAN.—¡Se ha vuelto tan olvidadizo!

STELLA.—¡Oh! No lo había notado.

LILIAN.—No llevas aquí el suficiente tiempo para notarlo.

CHARLES.—*(Mirando alrededor.)* Esto... no. Me parece que voy a dar una vuelta. *(Se escapa en silencio.)*

STELLA.—Fuiste tú, por supuesto, quien llamó a Charles.

LILIAN.—Sí.

STELLA.—¿Cómo lo encontraste?

LILIAN.—Me dijiste su nombre y que teníais el mismo empresario. Cuando estaba ayudando a arreglar tu cuarto, vi una carta del empresario...

STELLA.—Ya veo. Son muy sencillas generalmente esas cosas, cuando uno no tiene inconveniente en entrar en los cuartos a leer cartas.

LILIAN.—Es posible que si te hubieses dignado arreglar tu cuarto, en vez de irte de paseo con Geoffrey, no hubiera visto la carta.

STELLA.—No se me pidió ayudar en los quehaceres domésticos; me dijeron, al contrario, que no hiciese nada. En cambio, Geoffrey sí que me pidió que saliese de paseo con él. Pero esto no tiene nada que ver. Leíste la carta y probablemente me las lees todas.

LILIAN.—No tengo el menor deseo de leer tus cartas. Esa, en particular, se encontraba abierta casualmente sobre tu tocador. El nombre de tu empresario y su dirección estaban escritos en letras tan grandes que se podían leer a un metro de distancia.

STELLA.—Me alegro de que no hayas esforzado la vista. ¿Por qué llamaste a Charles? No era asunto tuyo. Te dije que estábamos separados. No vivimos juntos desde hace un año. No nos hemos visto, no nos hemos hablado, excepto el otro día en casa del empresario..., durante muchos meses. Si hubiera querido tenerlo aquí, lo habría invitado yo misma. Tú no tenías derecho a inmiscuirte. Y si se hubiese tratado de otra persona diferente de Charles, que es un tonto, nunca habría aceptado tal invitación.

LILIAN.—Hace tres años estuviste lo suficientemente enamora-

da para casarte con él. Ahora no puedes soportarlo en la misma casa.

STELLA.—Eso es asunto mío.

LILIAN.—A propósito, lo puse en el cuarto de Wilfred.

STELLA.—Supongo que debo estarte agradecida porque no lo pusiste en mi cama.

LILIAN.—No tienes por qué ponerte indecente.

STELLA.—Y tú no tienes por qué volverte una asquerosa hipócrita. ¿Por qué lo llamaste?

LILIAN.—Es tu marido. No te sentías feliz, saltaba a la vista. Me imaginé que te agradaría volver a experimentar.

STELLA.—Mentira. Sigues hablando como una asquerosa hipócrita. Mientes, Lilian, mientes. «¿Por qué lo llamaste?»

LILIAN.—Acabo de decírtelo.

STELLA.—No me lo has dicho, y bien lo sabes. Pero te obligaré a decir la verdad. Me hiciste confesar lo de mi casamiento, leíste mis cartas, te inmiscuiste en mis asuntos privados..., y ahora te imaginas que puedes deshacerte de mí con unas mentiras estúpidas. *(Aproximándose.)* ¿Me crees tan necia?

LILIAN.—*(Con desprecio.)* Sí. *(*STELLA*, enfurecida, le da una bofetada. El efecto sobre ambas es muy visible.* LILIAN *queda rígida, fríamente encolerizada.* STELLA *da un paso atrás y luego se aparta, temblando, calmándose rápidamente. Se sienta.)*

STELLA.—No he debido hacerlo. Lo siento, Lilian.

LILIAN.—*(Con desprecio.)* Eso no me hace creerte menos tonta. Ha sido, como casi todo lo que haces, violento y tonto... e inútil.

STELLA.—*(Volviendo a irritarse.)* ¿Inútil? Pues voy a decirte por qué llamaste a Charles. No tenía nada que ver conmigo ni con mi casamiento. Eso no te importaba un bledo. ¿No es cierto?

LILIAN.—No mucho. ¿Por qué iba a importarme?

STELLA.—No. Lo hiciste porque estás enamorada de Geoffrey Farrant. ¿De qué sirve fingir? Tú lo sabes y yo lo sé. Estás enamorada de Geoffrey y aterrorizada por el miedo de perderlo. Lo vi la noche de mi llegada, cuando te fuiste a acostar, hosca, fingiendo una jaqueca. Y aun antes de esto, antes que viniese Geoffrey, al momento de llegar, me di cuenta de «algo». En realidad, que no querías tenerme aquí de vuelta. Noté en seguida una reserva en ti.

LILIAN.—*(Ya provocada, pero siempre más fría y dura que la otra.)* ¿Y por qué había de suceder de otro modo? ¿Por qué habías de imaginarte que íbamos a echarnos en tus brazos en cuanto te dignases volver a casa?

STELLA.—Esto otro no es justo.

LILIAN.—No lo será. Pero si no pensaras todo el tiempo en ti misma, lo verías más claro. Siempre tuviste más de todo que Wilfred y que yo. Antes de irte dejaste a Greoffrey enamorarse de ti, hiciste que te siguiera a todas partes, burlándote de él..., sí, y con nosotros, y entonces ya empecé a odiarte por eso.

STELLA.—Quería a Geoffrey entonces más de lo que te figuras.

LILIAN.—No creo que puedas querer de veras a nadie. Crees que ponerte sentimental es querer a la gente. Y no lo es. Luego insististe en ser actriz aunque supieras muy bien que a mamá le horrorizaba el teatro. No. No podía impedirlo; así la habían educado. Te fuiste sin que te importase lo afectados que dejaste a mamá y papá.

STELLA.—No es cierto. Me importaba muchísimo. No puedo en absoluto comprender...

LILIAN.—Eso contribuyó a matar a mamá.

STELLA.—*(Abatida.)* ¡Oh!... Eres cruel, Lilian. No es cierto.

LILIAN.—Sí que lo es. Dijiste que me harías decir la verdad, y ahí la tienes. Mamá murió. Papá se quedó solo y triste. Yo no quería quedarme aquí toda la vida. Tenía mis proyectos. Pero tuve que quedarme para cuidar de la casa y de papá. Me necesitaba.

STELLA.—*(A través de sus lágrimas.)* No. Si hubieras decidido hacer algo fuera de la casa, yo no habría tratado de impedírtelo. Creía, simplemente, que querías quedarte.

LILIAN.—¿Cómo lo sabías?

STELLA.—El..., ¡oh, no importa!... El caso es que te quedaste en casa porque quisiste. Y ahora lo conviertes en un gran sacrificio. Eres uno de esos mártires voluntarios.

LILIAN.—No pretendo ser una mártir. Simplemente explico por qué no te encuentro tan maravillosa. Te fuiste, sin pensar en nosotros, para hacer lo que querías. Y mientras disfrutabas de la vida no te preocupaste de nadie. Hasta pudiste casarte sin decírnoslo. Luego, cuando quedaste harta de teatro y desbarataste tu matrimonio, decidiste volver a casa.

STELLA.—Sí, y pareces olvidar que, después de todo, esta es mi casa tanto como la tuya.

LILIAN.—No, no lo es; y bien que lo sabes. Dejó de ser tu casa cuando te escapaste, hace años. Y es mi casa más que nunca porque no la abandoné y ayudé a mantenerla. Aquí hicimos nuestra vida, sin ti, y ahora irrumpes, viniendo a trastornarnos a todos.

STELLA.—¿A trastornar a todos? Me parece que no te das cuenta de que todos se alegran de volver a verme...; excepto tú.

LILIAN.—Sí. ¡Y van a sacar buen provecho!

STELLA.—En lo único que estás pensando es en Geoffrey, pero eso nunca vas a admitirlo.

LILIAN.—No tengo miedo de admitirlo. Sí..., quiero a Geoffrey..., hace años que lo quiero..., y creo que podría hacerlo feliz. Y sé que tú no podrías, ni siquiera te esforzarías en ello mucho tiempo.

STELLA.—Así que decidiste de una vez que debía darse cuenta por sí mismo de que yo tenía un marido. ¡Oh, sí!..., ya se enteró. Lástima que no estuviste presente.

LILIAN.—No es eso solo. Tienes una vida propia..., una vida que hiciste completamente aparte de nosotros...; no puedes huir de ella.

STELLA.—Pues ya ves que la he dejado. Y no vas a verme volver

corriendo a esa vida. Has hecho todo lo que has podido. Charles está aquí y es un clavo..., pero no se va a quedar mucho tiempo; yo sí que me quedo. Hiciste tu jugada, Lilian; una jugada bastante sucia. Pero no ganaste. No ha pasado nada, excepto que ahora me doy cuenta de que, o bien has cambiado completamente, o bien nunca te conocí en realidad.

LILIAN.—No me parece importante saber si es lo uno o lo otro.

STELLA.—*(Apenada.)* A mí lo que me importa es que hayamos podido hablarnos como acabamos de hacerlo. Nunca intenté siquiera lastimarte, y tú, deliberadamente, lo has hecho. ¡Me alegraba tanto de volver a verte! ¡Habíamos compartido tantas cosas! Creía que íbamos a pasarlo maravillosamente las dos juntas. Si te hubieras portado franca y amistosamente desde el principio, no habría podido quitarte nada, ni a ti ni a nadie. Me habría sentido feliz solo con verte feliz a ti. ¡Oh!... Lilian..., no serías tan dura si no te hubieras quedado encerrada aquí tanto tiempo, en tu rinconcito seguro. Lo que te pasa es que no sabes cuánta miseria hay en el mundo, cómo pueden cambiar las circunstancias y el tiempo.

LILIAN.—Ahora no eres realmente desgraciada. Estás, hasta cierto punto, gozando de tu infelicidad. Pero yo no soy así. Yo no puedo gozar de mis emociones. (CHARLES *aparece en el umbral, a la izquierda.)*

CHARLES.—*(A* STELLA.) Escucha, Stella; tu padre acaba de volver y cree que soy un paciente. Deberías ir y explicarle. *(Sale.)*

STELLA.—*(En voz baja.)* Supongo que no crees que voy a gozar de esto.

LILIAN.—A papá no le tienes miedo, ¿no?

STELLA.—Tengo miedo por él. No tienes la menor idea de lo penoso que va a ser para mí. *(Se dirige a la puerta y llama con animación afectada.)* ¡Papá!

DOCTOR KIRBY.—*(Fuera.)* Sí.

STELLA.—Un momento. (STELLA *sale, dando un portazo.* LILIAN *se sienta a hacer sus cuentas y gradualmente pierde el control. Está llorando cuando baja el*

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La escena igual que en los actos anteriores. Es el sábado por la noche. Al levantarse el telón, el escenario está vacío, las lámparas encendidas, pero con poca luz. Hay un buen fuego en la chimenea. Sobre la mesa, una bandeja con un termo, una botella de coñac, un vaso y bizcochos. Al lado, otra bandeja con un botellón de whisky, *sifón y vasos.*

Un reloj, fuera del escenario, da las doce. Antes que deje de sonar se oyen fuera las voces de CHARLES *y* WILFRED. CHARLES *entra primero y comienza a levantar la llama de las lámparas. Viste como en el segundo acto.* WILFRED *entra tambaleándose. Lleva el impermeable doblado y echado al hombro y lo conserva así un rato. Los dos están borrachos.* WILFRED, *más que* CHARLES. *Debe resultar muy evidente que están borrachos, pero no deben entregarse a las grotescas bufonadas habituales, y aunque sus voces sean inseguras se las debe oír con toda claridad. No deben hipar.*

CHARLES.—*(Mirando alrededor.)* Delicioso. Verdaderamente delicioso. Yo diría muy abrigadito. ¿Eh, chico?

WILFRED.—No son malos cuarteles. Ojalá tuviese yo algo parecido en la Británica Occidental.

CHARLES.—*(Con solemnidad.)* ¿Dónde, chico?

WILFRED.—*(Con solemnidad.)* Británica Occidental.

CHARLES.—Nunca oí hablar de ella.

WILFRED.—*(Con obstinación.)* Africa... Británica Occidental.

CHARLES.—¡Ah, sí! Africa. Estuve en Africa. Africa del Sur. No está nada mal Africa, chico.

WILFRED.—*(Muy serio.)* Es un gran país. Me gusta Africa, Charlie.

CHARLES.—*(Vagando por el escenario.)* Así es. Estamos conformes respecto al Africa. *(Va hacia la mesa.)* ¡Hola, bebidas! Pero ¿qué es esto?

WILFRED.—*(Mirando el termo.)* Esto es para mi padre.

CHARLES.—¿Dónde anda?

WILFRED.—*(Con un ademán.)* Por ahí, trabajando. Habrá alguien en algún sitio que estará enfermo. Tal vez dando a luz o estirando la pata.

CHARLES.—Y tu padre, ya algo viejo el pobre, está atendiéndolo.

WILFRED.—Sí. Y eso queda ahí para cuando vuelva. Leche caliente, coñac y bizcochos. Los merece, Charlie.

CHARLES.—¡Vaya si los merece, chico! Es un noble tipo. En cuanto lo vi..., ayer por la tarde..., me dije a mí mismo: «El padre de Stella, mi suegro, es un noble viejo.» Creo que deberíamos beber algo a su salud.

WILFRED.—*(Solemne.)* Estoy de acuerdo. *(*CHARLES *echa «whisky» y soda en dos vasos durante las dos réplicas siguientes.)*

CHARLES.—*(Compenetrado con lo que dice.)* Si mi padre hubiese sido médico, muchas cosas habrían sido distintas..., muy distintas. Pero no lo fue.

WILFRED.—¿Qué es lo que fue tu padre?

CHARLES—*(Muy solemne.)* Nada, chico, nada. Simplemente un condenado caballero inglés. Pero dejémoslo en paz. *(Seriamente, levantando su vaso.)* ¡A la salud del doctor Kirby..., un noble tipo!

WILFRED.—¡A tu salud..., mi gran tipo de padre!

CHARLES.—*(Todavía solemne.)* Sentémonos.

WILFRED.—Sentémonos. *(Se sienta.* CHARLES *enciende un cigarrillo.* WILFRED *parece medio dormido.)*

CHARLES.—¿Sabes, chico? Hemos pasado una estupenda noche. Te dije ayer, en cuanto te conocí dije: «¿Adónde podríamos ir tú y yo para pasar un buen rato?» ¿No te lo dije?

WILFRED.—Lo dijiste.

CHARLES.—Pues pasamos una estupenda noche. ¿Cómo se llama el tipo que nos llevó en su tílburi?

WILFRED.—Harper.

CHARLES.—Harper. Muy simpático... Harper. Pero estaba borracho, ¿sabes, chico? Debía habernos dejado guiar.

WILFRED.—En el barco, al volver para acá, conocí a un Harper. Venía de Manchester y tenía un ojo de cristal. Detesto los ojos de cristal.

CHARLES.—Y yo detesto a Manchester. Si tuviera que escoger entre un ojo de cristal y Manchester, más bien me quedaría con el ojo de cristal. Quisiste decir un ojo de cristal, ¿no? ¿No un cristal para el ojo?

WILFRED.—Sí, un ojo de cristal. Uno de los tipos de la Compañía...

CHARLES.—¿Qué compañía? Tú no eres actor, vives en Africa.

WILFRED.—Sí. Hablaba de la Compañía Británica del Africa Occidental. Tiene un ojo de cristal. Dice que antes, cuando vivía en su casa, había tenido dos caballos de carrera. Un chiflado.

CHARLES.—Seguramente mentía. Es increíble lo que se miente Cuando tengas mi edad ya te darás cuenta. Todo el mundo miente una barbaridad. Las mujeres, mucho más que los hombres.

WILFRED.—Eso es cierto, Charlie. Una muchacha, en el barco, me dijo un montón de mentiras. *(Con repentina energía.)* Absolutamente mentiras.

CHARLES.—Ya lo sé, ya lo sé. Si tuviese una moneda de oro por cada mentira que me han dicho las chicas en los barcos, sería un hombre rico. Y te voy a decir otra cosa acerca de las mujeres,

chico. Las mujeres..., sean las que sean..., las mujeres, en total, no pueden soportar que los hombres se diviertan... «solos». Les indigna, las enfurece. Necesitan creer que son indis... dispensables. Hemos pasado una estupenda noche, ¿no?

WILFRED.—Sí.

CHARLES.—Muy bien. Hemos pasado una estupenda noche. No hay nada malo en esto, nada de malo, en absoluto. Unos cuantos bares. Unas rondas de copas. Unas charlas con los muchachos de la localidad. Armonía social e inocente alegría, como dijo alguien en algún sitio. Una estupenda noche. Pero ¿crees tú que conseguirías hacerle admitir a una mujer que pasamos una estupenda noche? No, chico. Puedes crerme. No lo conseguirías. Stella es una buena muchacha. ¿Admitiría Stella que hemos pasado una estupenda noche? No. Tu otra hermana, Lilian..., ¿lo admitiría? No, chico; las dos lo negarían rotundamente. «¿Dónde estuvisteis? ¡Mirad lo que parecéis!»

WILFRED.—Bueno..., no sé. Podría nombrarte a una chica... Vive por aquí... Y yo creo que ella...

CHARLES.—*(Levantando la mano.)* ¿Es distinta? No lo creas. Todas ellas son distintas..., no les importa nada..., no, hasta que le han echado a uno el gancho. Pero una vez que lo tienen a uno agarrado, no permiten esto, no permiten lo otro. Las cosas..., las mismitas cosas por las que te decían que les gustabas..., entonces quieren que las cambies. Si antes de casarse les gustaban tus pequeño chistes, después de casarse te preguntarán por qué siempre procuras ser cómico. ¿Comprendes?

WILFRED.—Sí, creo que sí. Uno de nuestros muchachos, en Africa...

CHARLES.—Un momento. Cuéntamelo después. No te olvides. Quiero saber lo de ese muchacho. Pero lo que te iba a decir era esto. Hagan lo que hagan las mujeres, digan o no digan mentiras, vayas o no al Africa, la vida es... algo maravilloso. ¿Te das cuenta de esto, chico?

WILFRED.—Sí, por Dios; sí que me doy cuenta. Justamente venía por el camino pensando...

CHARLES.—Algo maravilloso. ¡Y que lo digas!

WILFRED.—¡Y que lo digas, Charlie!

CHARLES.—Yo he tenido mis disgustos. Hasta tú has tenido tus disgustos...

WILFRED.—¡Ya lo creo que los he tenido! ¿Sabes que cuando fuimos por primera vez a Nigeria...?

CHARLES.—Pasaste un rato infernal. Sí, y yo pasé también ratos infernales. Pero, a pesar de todo, creo... «sé» que la vida es maravillosa.

WILFRED.—Tiene «algo», ¿no?

CHARLES.—Diste en el blanco. Tiene «algo». Estoy aquí, en... ¿dónde es esto?

WILFRED.—¿Dónde es qué?

CHARLES.—Este lugar donde estamos.

WILFRED.—Edén Término.

CHARLES.—Estoy aquí, en Edén Término. No había estado nunca antes. A lo mejor, nunca volveré...

WILFRED.—Espero que sí, Charlie.

CHARLES.—Yo también lo espero, chico. Pero uno nunca sabe. Esto es otra cosa de la vida... *(Muy solemne.)* Uno nunca sabe. Hace una semana no sabía que iba a estar aquí... sentado aquí contigo...

WILFRED.—Y yo no sabía que existías.

CHARLES.—¿No? ¡Qué desagradable! Pero ya ves. Aquí estoy yo y aquí estás tú. Tomando un trago juntos. Todo tranquilo. Las mujeres, dormidas, arriba..., es lo que parece. Tu padre, fuera, en algún sitio..., ayudando a algún pobre diablo a salir de este mundo o a entrar en él... y aquí estamos nosotros. Y tú te volverás a Ceilán...

WILFRED.—Africa.

CHARLES.—Da lo mismo, chico. Esto no es geografía. Y yo voy a volver a Londres. Tengo trabajo. Tal vez vuelva a salir de gira. La gente irá a verme. Yo no sé nada de ellos. No importa. Tal vez los hago llorar. Tal vez los hago reír. Y ten por seguro, chico, que si me dan un papel con siquiera un átomo de gracia cómica, de buena ley, sí que puedo hacerlos reír. Puedo hacerlos aullar. Weedon Grossmith..., repito Weedon Grossmith..., me dijo una vez: «Tienes el punto, mi querido Applely, tienes algo.» Y lo tengo. Lo malo es..., y aquí es donde entra el elemento suerte..., que casi siempre he tenido que crear algo de la nada.

WILFRED.—Apostaría a que eres muy buen actor, Charlie. ¿Sabes lo que el viejo Stansted, uno de los jefes principales de la Compañía, allá en Africa, dijo de mí?

CHARLES.—No.

WILFRED.—No me lo dijo a mí, pero se lo dijo a uno de los otros muchachos. Dijo que de todos los jóvenes que habían llegado últimamente, yo tenía la mejor idea sobre el modo de tratar a los negros.

CHARLES.—No me sorprende, chico. No me sorprende, en absoluto. Tú tienes el don de la simpatía. Eres humano. Eres como yo. Uno lo tiene o no lo tiene. Nosotros lo tenemos.

WILFRED.—*(Medio dormido.)* Lo tenemos. Creo que eres un gran muchacho, Charlie. Y me alegro de que hayas venido a visitarnos.

CHARLES.—Gracias, chico. Yo también. Mucha suerte. *(Vacía su vaso.)*

WILFRED.—Mis mejores deseos. *(Termina el suyo.)*

CHARLES.—*(Levantándose.)* Deberíamos subir ya. ¿Cómo se llamaba esa casa, más bien grande, en la encrucijada?

WILFRED.—Ese es El Ciervo Blanco, mi preferido.

CHARLES—Con razón. Es la mejor. Nos encontraremos en ella la próxima vez. ¿Notaste la moza aquella del bar? ¿La rubita?

WILFRED.—Sí. Es Alicia.

CHARLES.—¿Se llama Alicia? Es una zorrita de esas que prometen. *(Va a dejar su vaso en la mesa, canturriando «Donde descansó mi caravana».)*

WILFRED.—*(De repente, rígidamente desvelado.)* ¿Por qué hablas así de ella?

CHARLES.—¿No te diste cuenta? Por ese lado hay porvenir, chico. No se puede errar. Es bastante bonita y lo está pidiendo. ¿No viste cómo me hacía un guiño morrocotudo? Quería que fuese a verla cuando la casa estuviese más tranquila.

WILFRED.—No es cierto. Mientes.

CHARLES.—*(Pacificador.)* Calma, calma.

WILFRED.—*(No demasiado alto, pero con intensidad.)* Te digo que no es cierto y que eres un miserable embustero.

CHARLES.—Estás borracho, pequeño. Tómalo con calma.

WILFRED.—*(Medio gritando y medio llorando.)* Dime que no es cierto.

CHARLES.—Todo lo que quieras, con tal que dejes de armar escándalo. ¿Qué diablos puede importar que sea verdad o no?

WILFRED.—Me importa a mí.

CHARLES.—¡Oh!... Ya veo.

WILFRED.—Es la única cosa que me importa.

CHARLES.—No seas idiota. Claro que no lo es.

WILFRED.—*(Con vehemencia, agarrándose a* CHARLES.) No te dijo que fueses a verla, ¿no es cierto? Dime que no. *(Alzando la voz.)*

CHARLES.—No tan bravo, joven idiota.

WILFRED.—Dime que no, Charles.

CHARLES.—Pues no. Debió de ser otra..., una de las otras.

WILFRED.—*(Con ansiedad.)* ¿Estás seguro?

CHARLES.—De lo que estoy completamente seguro, chico, es de que estás muy borracho y de que es tiempo de que vayas a acostarte. (LILIAN, *en camisón y bata, aparece en el umbral, a la izquierda, mirándolos.)*

LILIAN.—Están ustedes metiendo un ruido atroz. *(Entra en escena.)*

CHARLES.—Lo siento, Lilian. Es simplemente que tuvimos una pequeña discusión. Nada más. Estoy haciendo por llevarlo a la cama. Está un poco... cansado.

LILIAN.—*(Con desprecio.)* ¿Quiere usted decir que está borracho? Los dos lo están.

CHARLES.—*(Indignado.)* ¡Oh!... No, no, no, no. (STELLA, *también en camisón y bata, aparece en la puerta.)*

STELLA.—¿Qué pasa?

WILFRED.—*(Lastimeramente.)* Creo que... me voy a marear.

CHARLES.—Está bien, pequeño. Está bien. Quédate conmigo. Calma, calma. *(A* STELLA, *que se aparta para dejarlos pasar y a* LILIAN.) Yo lo cuidaré. *(A* WILFRED, *que gime.)* Está bien, chico. Yo te sujeto. Calma, calma. *(A las chicas.)* No se preocupen. Está bien.

(CHARLES *acompaña a* WILFRED. *Se le oye repetir sus «está bien» y «calma».* STELLA *se queda cerca de la puerta, observándolos.* LILIAN *está en pie en el centro de la habitación, observando a* STELLA. *Finalmente, esta cierra la puerta y entra, con aire preocupado.* LILIAN *recoge el vaso de* WILFRED, *que ha quedado en el suelo, y lo pone sobre la mesa; luego recoge el impermeable, que está echado en una silla, y empieza a doblarlo.)*

LILIAN.—Gracias a Dios, papá está fuera todavía.

STELLA.—Es lo que estaba pensando.

LILIAN.—Odia la borrachera. Yo también.

STELLA.—No tiene que enterarse de nada.

LILIAN.—No te imaginarás que yo se lo vaya a decir. Pero esto no había sucedido nunca. Wilfred va a los bares del pueblo de cuando en cuando, pero nunca bebió mucho. El caso es que parece que se cree enamorado de una camarera de un bar. Pero antes nunca se puso así.

STELLA.—No; esto es el resultado de haber salido con Charles... y a la primera noche.

LILIAN.—Que espero sea la última.

STELLA.—Yo no invité a Charles aquí. Es tu huésped.

LILIAN.—Es tu marido.

STELLA.—Lo era.

LILIAN.—Lo sigue siendo. *(Una pausa.)* ¿Por qué te casaste con él, Stella?

STELLA.—Por las razones acostumbradas. Estaba enamorada de él. Por extraño que parezca..., es cierto. La verdad es que estaba muy enamorada de él.

LILIAN.—¿Sí?

STELLA.—¡Pobre Charlie! Supongo que te parecerá inconcebible. Me parece que voy a comerme uno de los bizcochos de papá. *(Toma uno.)* Come tú también uno. (LILIAN *toma uno.)*

LILIAN.—¿Ha cambiado mucho?

STELLA.—No, no ha cambiado..., de veras. Pero una cosa es verlo aquí, completamente fuera de su elemento, sin trabajar, más bien deprimido, y otra muy distinta verlo... como yo lo vi durante meses, cuando estábamos de gira por el Oriente y Australia..., ser la persona más divertida y encantadora de la compañía. Y trabajando y viajando y riendo con él meses y meses, a miles de kilómetros de casa. Es inútil, Lilian, ni siquiera puedes empezar a comprender mi vida. Fuimos muy felices durante cierto tiempo. ¡Pobre Charlie!

LILIAN.—¿Por qué dices «pobre Charlie»?

STELLA.—Porque..., aunque no lo merezca, no puedo menos de tenerle lástima. Creo que todavía le tengo cariño.

LILIAN.—Entonces, ¿por qué no lo cuidas?

STELLA.—¿Por qué voy a cuidarlo?

LILIAN.—Porque es tuyo.

STELLA.—Yo no puedo pensar en la gente de ese modo. No soy

posesiva. *(Asustada.)* ¿Qué es eso? *(Es* CHARLES, *que mira por la puerta. Está más despejado que antes, pero todavía un poco borracho y con mucho sueño.)*

CHARLES.—¿Otra vez peleando las dos? Siempre peleando. ¿Por qué no lo toman con calma? Vivan y dejen vivir a los demás.

STELLA.—*(Brusca.)* No te ocupes de eso. ¿Qué tal Wilfred?

CHARLES.—A eso vengo. Se mareó. Está acostado. Está durmiendo.

STELLA.—Bueno, acuéstate tú ahora, Charles, y los dos podéis dormir mañana todo lo que queráis.

CHARLES.—Fue culpa suya, ¿saben? Insistía en mezclarlas. Se lo dije..., desde el principio se lo dije... «Sigue mi consejo y no las mezcles.» Pero no me escuchaba...

STELLA.—*(Cansada.)* ¡Oh!..., vete a acostar, Charlie, y no hagas ruido. Papá puede volver de un momento a otro.

CHARLES.—Un noble tipo. No quisiera molestarlo por nada en el mundo. Buenas noches, chicas. *(Se retira.)*

STELLA.—¡Pobre Charlie! Nadie sabe mejor que yo lo insoportable que puede ser, y sin embargo tiene algo muy encantador. No es más que un niño grande. Hay montones de esos niños grandes, como él, en el teatro.

LILIAN.—Bueno, si es un niño, con más razón debes cuidarlo.

STELLA.—No me regañes, Lilian.

LILIAN.—Niño o no, no podemos permitir que pase otras noches como esta que ha pasado con Wilfred.

STELLA.—Si Wilfred empieza a apasionarse por las taberneras, es muy capaz de emborracharse solo.

LILIAN.—No, no lo es. Wilfred no es más que un niño tonto. Estoy pensando, además, sobre todo en papá.

STELLA.—Sí. Ante todo, papá.

LILIAN.—¿Y qué?

STELLA.—Estás tratando de echarme, Lilian, ¿no? No te comprendo. Y no por lo que estás haciendo; eso lo comprendo muy bien. Pero a ti, a ti misma. Parecería que no tuvieras ni el menor sentimiento por mí. Menos que por cualquier extraño. No parece importarte que haya sido horriblemente desdichada estos últimos meses, ni que volver a casa fuese para mí como una nueva vida, maravillosa. ¿No significa nada todo esto para ti, Lilian?

LILIAN.—Sí. Y significaría mucho más si lo creyera realmente.

STELLA.—Te parece hipócrita, te parece inventado todo esto por una actriz que se suelta el pelo..., ¿no?

LILIAN.—Creo que estimulas tus emociones y que en cierto modo, y sean las que fueren, disfrutas de ellas.

STELLA.—Nunca nos pondremos de acuerdo, desde luego. Al crecer nos hemos alejado a cientos de millas. Vivimos en mundos distintos. Creo que tú te pareces más bien a mamá.

LILIAN.—Creo que sí.

STELLA.—Pero lo que me apena es que debajo de todas estas di-

ferencias no hay en ti afecto ni amistad. Si hubieras vivido tanto tiempo como yo entre extraños, en lugares donde nadie te conociese, donde a nadie le importases nada, comprenderías lo que eso puede herir. Te has portado muy mal conmigo..., deliberadamente te has puesto contra mí... Y, sin embargo, para mí seguirás siendo Lilian, mi hermana, y seguiré deseando hablar contigo como es debido, recordando todas las cosas que hicimos riendo y llorando juntas. ¿No comprendes?

LILIAN.—El caso es que tú puedes permitirte el lujo de sentir todo eso. Y yo no.

STELLA.—¿Qué quieres decir?

LILIAN.—No ha sido un placer para mí tratarte de ese modo. No es cierto que no me importes nada. Pero sé..., y lo supe en el momento de tu llegada..., que si cedía me absorberías, me arrebatarías...

STELLA.—¿Y por qué no?

LILIAN.—Porque derribarías todo lo que he construido yo aquí. Me quitarías a Geoffrey, sin quererlo realmente. Trastornarías a papá, a Wilfred, a todos y todo. Y en el preciso instante en que hubiésemos empezado a contar contigo, te escaparías... como hiciste la otra vez. Las gentes como tú, Stella, no quieren hacer a los otros desdichados...

STELLA.—No. Nunca jamás. Sé demasiado lo que es eso.

LILIAN.—Y, sin embargo, es el caso que los haces infelices. No puedes evitarlo, supongo. No tienes verdadero sentido de la responsabilidad.

STELLA.—*(Desesperada.)* Pero ¿por qué tú eres tan responsable, tan vieja, tan sabia? Dices que yo hago infelices a los demás. Quizá sea cierto. No lo sé. Pero también puedo hacerlos felices. Y tú, ¿puedes?

LILIAN.—Sí. A mi modo.

STELLA.—Un modo polvoriento y aburrido, debe de ser.

LILIAN.—No, no lo es. ¿Qué sabes tú de mí?

STELLA.—¿Cómo puedo saber nada de ti, si estás completamente encerrada dentro de ti misma y no quieres salir? ¡Oh!..., es inútil.

LILIAN.—Nunca nos pondremos de acuerdo.

STELLA.—No quiero que nos pongamos de acuerdo. No es eso lo que me interesa. Pero, por lo menos, podríamos ser sinceras cuando estamos juntas. Y parece que hasta eso es poco probable.

LILIAN.—Es demasiado tarde. Seamos razonables.

STELLA.—*(Con cansancio.)* Sigue, entonces. Seamos razonables.

LILIAN.—¿Viste lo que sucedió esta noche? Wilfred y tu Charles. ¿Qué vas a hacer?

STELLA.—No sé. Quiero pensar.

LILIAN.—Te irás, tarde o temprano, ya lo sabes.

STELLA.—¿Por qué lo dices? Tú no sabes nada. No sabes lo que ha sido mi vida. No te das cuenta de lo que ha sido para mí... volver... a casa.

LILIAN.—Pronto te cansarás de esto.

STELLA.—*(Insegura.)* No. No. Estoy segura de que no.

LILIAN.—*(Desesperadamente.)* Igual que sucedió antes. Seguirás haciéndolo añicos todo, las vidas ajenas, la tuya. Papá cree que te ha ido maravillosamente en el teatro, que vas a ser una actriz famosa, que estás bien casada.

STELLA.—*(Angustiándose.)* Ya lo sé. ¡Por favor, Lilian! Quiero reflexionar.

LILIAN.—*(Sin maldad, pero con decisión.)* Si quieres quedarte, tendrás que decirle que fracasaste en todo. Y eso es solo el principio. Nunca volverás de veras a esta vida. Siempre andarás desasosegada. Serás una persona sin verdadera vida en ningún sitio. Te sentirás un completo fracaso.

STELLA.—*(Deteniéndola.)* ¡Oh!... ¡Para, para! No quiero oírte más. *(La puerta del exterior se cierra con bastante ruido.)*

LILIAN.—Ahí está papá de vuelta.

STELLA.—Vete a acostar, Lilian. Quiero hablar con él un rato.

LILIAN.—No lo detengas. Está horriblemente cansado.

STELLA.—No, no. Ya sé. Pero tengo que hablarle. Quizá sea la última vez. *(El* DOCTOR KIRBY *entra. Parece muy cansado.)*

DOCTOR KIRBY.—La señora de Sugden ha dado a luz un hijo varón, tan grande y tan parecido a William Sugden, que me dieron ganas de ofrecerle una pipa. Bien..., estoy cansado.

STELLA.—Tienes que estarlo, papá.

LILIAN.—Aquí está tu leche caliente y tu coñac.

DOCTOR KIRBY.—Pero... ¿qué estabais haciendo las dos despiertas?

STELLA.—Oímos ruido. Eran Charles y Wilfred. Ellos se fueron a dormir y nosotras nos quedamos aquí, charlando.

LILIAN.—Yo ya me voy. Buenas noches.

STELLA y el DOCTOR KIRBY.—Buenas noches. *(*LILIAN *sale. El* DOCTOR KIRBY *echa la leche caliente en un vaso, agregándole un poco de coñac, se sienta y mordisca un bizcocho.)*

DOCTOR KIRBY.—Estoy empezando a cansarme del cuerpo humano, Stella. Me gustaría volver a mis pájaros. No estoy seguro de que el comportamiento de los pájaros sea muy superior al de los hombres. Puede que sean tan codiciosos, vengativos y pendencieros como nosotros. Pero no son tan pesados, tan toscos, y tienen más estilo, más encanto. A ellos debieran pertenecerles los cuentos de hadas, y no a nosotros.

STELLA.—Tal vez ellos tienen los suyos. ¿Fue difícil lo de la señora... Sugden?

DOCTOR KIRBY.—No mucho. Aunque siempre sea una cosa angustiosa, sobre todo cuando ya está terminado. Y contamos con uno más en el pueblo.

STELLA.—¡Pobre pequeño!

DOCTOR KIRBY.—¡Oh!, no debes tenerle lástima. En primer lugar, parece un magnífico y sano espécimen... Los Sugden lo son

todos. Y luego, con un poco de suerte, verá un mundo mejor que el que jamás hayamos visto tú y yo. Esto, para mí, es completamente cierto. No soy uno de esos ancianos..., y conozco bastante..., que creen que todo va a irse al diablo. Vendrá un mundo mejor, Stella, más puro, más sano, más feliz. No hay más que doblar la esquina y ahí está. Yo no creo que vaya a doblarla, pero tú sí. Y esa criatura de los Sugden ni siquiera va a conocer otra cosa. Cuando sea adulto..., alrededor de los años treinta..., ni siquiera podrá comprender la confusión en que vivimos.

STELLA.—*(Sentándose a sus pies.)* Es una confusión, ¿no?

DOCTOR KIRBY.—*(Bebiendo su leche.)* Sí, y lo es principalmente por nuestra propia culpa. Y al mismo tiempo no lo es. ¿Has notado..., ¡oh!, eres demasiado joven..., cómo parte de nosotros parece no ser responsable de nuestro propio carácter y sufre, simplemente porque tenemos ese carácter? Uno se ve «siendo» como es, comportándose del modo acostumbrado. Y aunque tenga uno que pagarlo y sufrir, el verdadero yo, el que observa, no parece ser responsable.

STELLA.—*(Con animación.)* Sí, estaba pensando en ello esta misma noche. Es cierto.

DOCTOR KIRBY.—*(Con ternura.)* Es raro volver a verte así, con el pelo enmarañado. Hace que los últimos veinte años se desvanezcan. Podrías ser otra vez una criatura. *(Pone una mano en su cabeza, con una caricia insegura.* STELLA *toma su mano y apoya la cabeza en el brazo de su padre.)*

STELLA.—*(Dulcemente.)* Papá, me temo que Charles y yo tengamos que irnos mañana.

DOCTOR KIRBY.—Es una mala noticia, querida. Esperaba que te quedases mucho tiempo.

STELLA.—Yo también. Pero..., bueno..., acaban de ofrecernos dos papeles muy buenos.

DOCTOR KIRBY.—Y haréis bien en aceptarlos. Aunque me parece que necesitarías unas vacaciones más largas. Pero si el teatro inglés no puede prescindir de ti ni siquiera unas semanas, no tenemos más remedio que aguantarnos.

STELLA.—Yo no quiero irme.

DOCTOR KIRBY.—No debes pensar en nosotros. Me siento orgulloso de ti. Me gusta imaginarte avanzando en tu profesión, sacando todo lo que puedes de la vida. Sabes que estás haciéndolo por mí, al mismo tiempo que por ti misma. Como ya te he dicho, yo creo que cometí un error. Tu madre quiso que me instalase aquí, y así lo hice. Nadie, excepto tú, sabe que lo haya lamentado jamás. Es nuestro secreto.

STELLA.—*(Angustiada, con honda ternura, apretando la cara contra el brazo de su padre.)* ¡Papá!

DOCTOR KIRBY.—Tú vas a corregir este error mío, querida. Tú y solamente tú. Lilian es como tu madre. Mientras tenga su casa propia con un hombre dentro... será feliz a su modo. Wilfred es un buen muchacho, pero es algo débil y bonachón. Nunca será

gran cosa. En cambio, tú vas a seguir viviendo como hubiera debido vivir yo. Estoy contento. Me siento orgulloso. *(Poniéndole dulcemente la mano en la cara.)* Así que no ocurre nada para llorar.

STELLA.—*(Levantándose de un salto.)* Claro que no. Soy una tonta. Y ya es hora de acostarse.

DOCTOR KIRBY.—*(Con vivacidad.)* Mañana es domingo. No hay más que un tren para Londres. El de las cuatro y treinta. Y es una porquería de tren.

STELLA.—*(Yendo hacia la puerta.)* No importa. Estamos acostumbrados a las porquerías de trenes dominicales. Casi no conocemos otros. *(Se vuelve en el umbral y trata de sonreírle.)* Buenas noches, papá.

DOCTOR KIRBY.—Buenas noches, Stella. *(Termina de tomar su leche con coñac mientras cae el telón.)*

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Es la tarde del domingo. Una tarde oscura. La puerta de la izquierda está abierta.

El DOCTOR KIRBY entra, seguido de cerca por SARAH, que habla con volubilidad, repartiendo su atención entre él y la ventana. El DOCTOR KIRBY se esfuerza en encontrar algo en los cajones de la mesa.

SARAH.—Si tuviera usted un poco de sentido común, no la dejaría salir hoy, ni mucho menos ir a Londres. Siendo domingo, para colmo. Viajar un domingo, con niebla, nada bueno puede resultar. Es tan densa como antes. No, más densa. Y va a ponerse peor en vez de mejorar. ¿Por qué han de correr los trenes en domingo? No lo comprendo. ¿Por qué no han de dejar a las gentes un poco de paz y tranquilidad siquiera un día por semana? *(Aprovechando que* SARAH *vuelve la espalda, el* DOCTOR KIRBY *se escapa.* SARAH *no lo nota y sigue hablando.)* Quédense en casa junto al fuego. Londres mañana seguirá estando en el mismo sitio. A menos que se pudra. Es cosa de locos, me parece a mí. (WILFRED *asoma la cabeza por la puerta.)*

WILFRED.—¡Eh, Sarah! ¿Con quién crees que estás hablando?

SARAH.—Contigo no será.

WILFRED.—Pues no estás hablando con nadie, entonces; porque no hay nadie más por aquí.

SARAH.—Entonces estoy malgastando palabras.

WILFRED.—*(Entrando.)* El coche estará aquí dentro de un cuarto de hora.

SARAH.—¿Es que van a llevarlos a la estación en un automóvil?

WILFRED.—Sí, en el Arrol-Johnston del viejo Thompson.

SARAH.—Eso ya me parece un desafío a la suerte.

WILFRED.—No encuentro mis discos. ¿Los has visto, Sarah?

SARAH.—¿Te refieres a esas cosas para la máquina de hablar?

WILFRED.—Sí. No los encuentro en ningún sitio.

SARAH.—Voy a ayudar a Stella a hacer sus baúles. *(Se dirige a la puerta.)*

WILFRED.—Me parece que tú sabes dónde están.

SARAH.—Los tendrás mañana por la mañana.

WILFRED.—¡Ya me lo imaginaba! ¡Qué descaro! ¿Dónde los has metido?

SARAH.—Donde no los vas a encontrar. No queremos máquinas parlantes en domingo. Mañana puedes tocarla todo el día, si quieres.

WILFRED.—*(Gritando.)* No quiero tocarla mañana todo el día. Quiero esos discos ahora.

SARAH.—Aunque te los diera ahora, no tendrías tiempo de tocarlos. *(El* DOCTOR KIRBY *entra atareado. Tiene aire muy bullidor.* SARAH *se precipita hacia él.)* ¿Por qué deja usted que se vaya Stella en domingo y con esta niebla, y en automóvil, para colmo? No lo comprendo.

DOCTOR KIRBY.—*(Muy activo.)* No seas enredadora, Sarah. No seas enredadora. Esta maña dejé un librito por aquí, en algún lugar. *(Suena el timbre de la puerta. El* DOCTOR KIRBY *grita por la puerta izquierda.)* Sarah, ve a ver quién es. *(Hablando consigo mismo.)* Espero que no me llame nadie hoy.

SARAH.—*(Desde fuera.)* El capitán Farrant.

DOCTOR KIRBY.—*(A* SARAH.) Bueno, que pase, que pase. *(A* WILFRED.) Es un libro pequeño, más o menos de este tamaño... Se titula «Pájaros del páramo». ¿No lo has visto?

WILFRED.—No. Y Sarah ha escondido mis discos, por ser domingo. ¡Qué descaro! (FARRANT *aparece en el umbral.)*

DOCTOR KIRBY.—Hola, Geoffrey. Quiere venir conmigo al consultorio? Quiero darle a Stella una cosa para que se la lleve. *(El* DOCTOR KIRBY *lo empuja afuera.* WILFRED, *refunfuñando «Demasiado alboroto», enciende un cigarrillo. Entra* CHARLES.)

CHARLES.—¿Qué tal la cabeza?

WILFRED.—Mejorando, gracias.

CHARLES.—Las mezclaste demasiado, chico. *(Va hacia la ventana.)* ¡Dios qué porquería de día! Y no me siento demasiado en forma.

WILFRED.—*(No sin lúgubre satisfacción.)* Tendréis un viaje abominable.

CHARLES.—Ya lo sé. No puedes enseñarme nada sobre los largos viajes en tren los domingos de niebla. Si fuéramos sensatos nos quedaríamos aquí, sentados junto a la chimenea, hablando de Africa Occidental y pájaros salvajes y Gaby Deslys y el «Bunny-Hug».

WILFRED.—¿Sabes bailar el «Bunny-Hug»?

CHARLES.—No. Ni el «Turkey Trot» ni el tango. No es esa mi especialidad, gracias a Dios. En este momento me parece que mi especialidad sería hacer papeles de viejos abogados de familia,

viejos canallas, reumatizados y sin dientes. *(Imitando a uno.)* «He sido encargado, sir Rupert, de comunicarle los términos del testamento de su tío.»

WILFRED.—¡Bravo! Ojalá fuese yo actor.

CHARLES.—*(Mohíno.)* Y a mí me gustaría estar en Africa Occidental... en la parte más calurosa y más negra. *(Acercándose y bajando la voz.)* A propósito, déjame darte un consejo, ahora que puedo. Acéptalo o recházalo. Pero creo que si yo estuviese en tu lugar, largaría las velas en lo que se refiere al bar aquel..., ya sabes..., El Ciervo Blanco. Y también en lo que haya con la chica esa..., Alicia. No quiero inmiscuirme, chico..., y yo no puedo predicar... aunque me lo propusiera. Pero esas mujerzuelas no valen nada. Sobre todo para un muchacho como tú. No hará más que jugar contigo. Yo lo sé bien. Tuve en mis tiempos mi ración de ellas. Larga las velas, chico.

WILFRED.—*(Huraño.)* Sí..., pero no comprendes...

CHARLES.—Lo comprendo perfectamente. Estuve allí y tomé mi ración. Piénsalo bien, chico.

WILFRED.—*(Cansado.)* La cosa es..., estoy pasando por un momento infernal.

CHARLES.—*(Dándole unos golpes en el hombro.)* Ya pasará. Lo sé. Trata de encontrar otra chica. Debe de haber muchas por aquí. Hijas de propietarios de la localidad, con mejillas rosadas, que te cantarán la «Canción de amor hindú» después de cenar. *(Canta cómicamente.)* «Menos que la ti... err... erra. Debajo de las ru... edas de tu carro.» (STELLA *entra vestida como en el primer acto. Lleva una maletita que deja sobre la mesa.)*

STELLA.—¡Oh! Wilfred, Lilian te está buscando.

WILFRED.—*(Mohíno.)* Está bien. *(Se va.)*

CHARLES.—¿Terminaste tu equipaje, Stella?

STELLA.—Casi completamente. Todo está dentro, excepto algunos bordados y algunos libros. Charles, quiero hablar contigo.

CHARLES.—Y yo contigo. Todavía no he encontrado ocasión. Mira, ¿qué es lo que está pasando? Me levanto...

STELLA.—A la hora del almuerzo.

CHARLES.—Lo reconozco. Y no me siento muy en forma. Y me entero de que nos vamos esta tarde. Me doy cuenta, por lo que me dice tu padre, de que acaban de ofrecernos dos extraordinarios papeles.

STELLA.—Es lo que le dije. Supongo que tú no...

CHARLES.—Vamos, vamos. Me conoces lo bastante para no creer «eso» de mí. Murmuré algo sobre Tree y el Teatro de Su Majestad..., una nueva e importante producción. Por poco me convenzo a mí mismo.

STELLA.—*(Aliviada.)* Está bien, entonces.

CHARLES.—Sí. En cuanto a todo esto. Pero quiero saber qué es lo que está pasando.

STELLA.—*(Con una sonrisa leve.)* Pues que tomamos el mismo tren para Londres y nos sentamos en el mismo compartimiento.

Y no nos vuelven a ver. Si no quieres hablar conmigo, Charles, no tienes obligación.

CHARLES.—Comprendo. Vamos a representar un papel ante la gente de aquí.

STELLA.—Sí... Ya que este va a ser el único papel que vamos a representar por algún tiempo, tratemos de hacerlo bien.

CHARLES.—Mira, Stella; ¿no podríamos seguir con este papel una vez de vuelta en Londres?

STELLA.—¿Tú quieres?

CHARLES.—Sí. Deberías saberlo. Pero ¿quieres tú? Eso es lo importante.

STELLA.—*(Gravemente.)* Creo que me gustaría probar otra vez Charles.

CHARLES.—*(Feliz.)* Es maravilloso por tu parte; es verdaderamente maravilloso, Stellucha.

STELLA.—*(Riendo, pero tajante.)* Y no tienes que llamarme Stellucha.

CHARLES.—Lo siento. Me olvidé.

STELLA.—¿Cuánto dinero tienes?

CHARLES.—*(Bromeando.)* Ahora que hemos reanudado nuestra relación, el mismo que antes. Pero sí, tengo algo de dinero. Unas diecisiete libras. Y hay un tipo en el club que me debe diez.

STELLA.—No lo he olvidado. Eso sigue no contando. No tienes mucho, ¿verdad? Y a mí no me quedan más que veinte. Tendremos que conseguir trabajo pronto, Charles.

CHARLES.—Se nos presentará algo mañana mismo, ahora que estamos juntos otra vez. Quizá encontremos dos papeles principales para alguna gira. ¿Qué te parece si probamos otra vez en el «país bendito de Dios»?

STELLA.—No tengo nada en contra. La verdad es que me gustaría. Ya que me voy, me da lo mismo irme lejos.

CHARLES.—Tienes razón en querer irte, ¿sabes? No te acostumbrarías nunca a este lugar. Está bien como cambio, nada más. Haces bien.

STELLA.—*(Con indulgencia.)* Y hago bien recomenzando contigo.

CHARLES.—Es un riesgo. Sí..., no soy un partido brillante..., pero no te dejaré caer. Nos hemos divertido juntos. Todavía volveremos a divertirnos. ¿Qué te parece?

STELLA.—*(Después de una pausa.)* Tienes puesta la corbata que no va con ese traje. ¿Por qué insistes en llevarla?

CHARLES.—Es la única que he traído. ¿Qué tiene de particular?

STELLA.—Es horrible. (FARRANT *abre la puerta.)*

FARRANT.—¡Oh! Disculpen.

CHARLES.—No hay de qué. Pase, amigo, pase. Estábamos simplemente hablando de corbatas. (FARRANT *entra.)*

STELLA.—No nos queda mucho tiempo. *(A* CHARLES.) ¿Quieres bajar el baúl con Wilfred?

CHARLES.—Todo el equipaje estará apilado en el «hall»... inmediatamente. *(Sale, silbando.)*

STELLA.—Bueno... Geoffrey...

FARRANT.—¿Se va?

STELLA.—Muy pronto. De vuelta a Londres.

FARRANT.—Yo también me voy.

STELLA.—¿Se va? ¿Adónde? ¿Cuándo?

FARRANT.—A Nueva Zelanda, por un año o dos. A casa de mi primo.

STELLA.—Pero, Geoffrey, usted decía el otro día mismo que quería tanto este lugar, que no podía soportar la idea de dejarlo.

FARRANT.—Así decía. Luego vi que estaba equivocado. Quiero irme.

STELLA.—¿Está realmente decidido?

FARRANT.—Sí. Telegrafié ayer a mi primo. Voy a tomar el primer barco.

STELLA.—*(Involuntariamente.)* ¡Pobre Lilian!

FARRANT.—¿Por qué dice eso?

STELLA.—¿No se da cunenta de que Lilian está enamorada de usted y de que lo está desde hace años?

FARRANT.—*(Confuso.)* ¡Qué pregunta!

STELLA.—Pues lo está.

FARRANT.—*(Confuso.)* Lo siento. El caso es que yo aprecio mucho a Lilian. Es una gran muchacha. Hemos pasado muchos ratos juntos.

STELLA.—*(Dulcemente.)* Entonces, ¿por qué no se casa con ella?

FARRANT.—Porque no tengo ganas, Stella. Y no comprendo por qué usted me lo pide. Me temo que no comprendo en absoluto a las mujeres. A usted, por ejemplo, no llego a comprenderla.

STELLA.—Entonces no lo intente.

FARRANT.—La otra tarde, al irme, estaba muy enfadado con usted.

STELLA.—Ya sé que lo estaba, querido amigo. Y lo siento.

FARRANT.—En cierto modo aún lo estoy. Pero es inútil.

STELLA.—Siempre es inútil estar enfadado con la gente. Empiezo a darme cuenta.

FARRANT.—No es eso exactamente lo que quería decir. Quiero decir..., bueno, aquí estoy, ya ve. Y no sabía que usted se marchaba cuando vine. Simplemente no podía dejar de venir.

STELLA.—Pero ¿está decidido a irse, y tan lejos?

FARRANT.—Usted lo ha hecho. Sabía que se iría usted pronto y supuse que me dejaría, a mí y a todo lo demás, aquí chato como un... No pude soportar esta idea. Tuve que hacer algo.

STELLA.—*(Apenada.)* Lo siento. Es todo tan confuso, Geoffrey, y parece que soy yo la principal culpable de esta confusión. Durante años, cuando estaba lejos, solía tener la idea de esta casa..., mi hogar..., siempre en mi mente, y creía que aquí todo era diferente, que no había confusión. Una hora..., no, media hora..., duró todo lo que yo había imaginado, y en ese poco tiempo me sentí tan feliz... Luego vi que todo estaba mezclado como en el resto del mundo. Y ahora no me quedará ni esto para recordar.

FARRANT.—Habla usted demasiado de felicidad, Stella.

STELLA.—*(Con una leve sonrisa.)* Me parece que sí, Geoffrey. Tengo que ser una viajera más valiente. Tenemos que seguir con nuestras vidas y vivirlas del mejor modo posible. No se puede huir. No hay escape. No hay milagros. *(Se oye un estallido de conversación, como si se hubiese abierto la puerta de la cocina.)*

CHARLES.—*(Fuera.)* Llevaré la bandeja.

FARRANT.—Creo que ahí vienen todos. Adiós, Stella.

STELLA.—*(Rápidamente.)* Pero ¿vendrá a la estación?

FARRANT.—*(Muy quieto.)* Sí, pero esta es la verdadera despedida. Buena suerte. Yo..., pues yo siempre la querré.

STELLA.—Es más de lo que merezco. Adiós, querido. *(Le da un beso rápido y leve. Entra* SARAH, *seguida por* CHARLES, *que lleva una bandeja. Se oye la bocina de un automóvil fuera. El* DOCTOR KIRBY *y* LILIAN *siguen a* CHARLES. WILFRED *entra poco después. Todos llevan abrigos puestos o al brazo y están preparados para el viaje.)*

CHARLES.—¡Entra el mayordomo!

SARAH.—No me importa que todos los automóviles de Inglaterra estén resoplando, pitando y chiflando ahí fuera. Tendrán que tomar una buena taza de té caliente antes de irse.

STELLA.—Claro que sí. ¡Qué buen té! Gracias, Sarah.

WILFRED.—*(Entrando.)* Está el coche. No hay mucho tiempo. *(La bandeja está sobre la mesa y todos están sentados alrededor.)*

SARAH.—*(Yéndose a la derecha, refunfuñando.)* Hay mucho tiempo. Que espere.

CHARLES.—*(Probando su té, en voz baja.)* Cargado, ¿no?

DOCTOR KIRBY.—*(También en voz baja.)* Demasiado cargado. Pero lo hizo especialmente. Tenemos que tomar un poco para complacerla.

CHARLES.—Ya lo creo.

STELLA.—Desde luego. *(En voz alta.)* ¡Qué rico té!

FARRANT.—Hola, Lilian.

LILIAN.—*(Con una sonrisa encantadora.)* Hola, Geoffrey. ¡Qué feo el día! ¿no?

FARRANT.—Horrible.

LILIAN.—¿Cómo está el caballo ruano?

FARRANT.—Mejor de lo que temía. El veterinario dice que es una torcedura. *(Se aleja negligentemente. Entra* SARAH *llevando un pequeño paquete.)*

SARAH.—Por poco lo olvido, Stella.

STELLA.—¿Qué es, querida?

SARAH.—Pues tu disfraz, que encontré el otro día..., el mismo día que volviste a casa.

WILFRED.—No lo necesita, Sarah.

STELLA.—Claro que sí. Lo voy a colgar en mi camarín, siempre,

dondequiera que esté. Es un hermosísimo regalo, Sarah. Y el té tan rico.

CHARLES.—Extraordinario.

DOCTOR KIRBY.—Ahora, Sarah, tiene que quedarse en casa, ¿sabe? Nada de ir a la estación.

STELLA.—¡Oh, no! Con el frío y la niebla. Además, aquí puedo despedirme de ti mucho mejor.

SARAH.—Está bien, entonces. ¿No quieres un poquito más de té, tesoro?

STELLA.—No, gracias, querida.

WILFRED.—Es hora de salir. *(Todos se mueven vagamente, pero no se dirigen a la salida.)*

CHARLES.—*(Por decir algo.)* Si llama el teléfono después de habernos ido, apuesto a que será para ofrecerme el papel más importante que jamás me hayan dado... y no estaré aquí.

WILFRED.—Más bien será para invitarme a cazar conejos con los Mowbray.

DOCTOR KIRBY.—*(Cordialmente.)* No se preocupen. Será a mí a quien busquen. Y ya me imagino quién será..., ¡pobre!... Bueno, ¿estáis listos todos? *(Salen, desbandados. Primero,* WILFRED *y el* DOCTOR KIRBY; *luego,* LILIAN *y* FARRANT.)

CHARLES.—*(Con el paquete de* STELLA.) Bueno, Sarah, quédese aquí bien abrigada. Encantado de haberla conocido. Había oído hablar tanto de usted a Stella, ¿sabe? Adiós. *(Le tiende la mano.)*

SARAH.—Adiós. *(Le estrecha la mano tímidamente.)* Y cuídela bien.

CHARLES.—*(Con un saludo militar.)* ¡La protegeré con mi vida! Adiós. *(Sale.)*

SARAH.—No es mala persona para ser actor, aunque apostaría a que hay que vigilarlo. Pero tú cuídalo también, querida. No es más que un gran niño loco, como todos.

STELLA.—*(En voz baja.)* ¡Oh Sarah! No sé qué decirte. No hay palabras.

SARAH.—No, querida. No, queridita mía. *(Acariciando su cara.)* Y no te resfríes al salir de los teatros. *(Muy dulcemente.)* Ahora ya soy una vieja. Estoy casi fuera de la cerca. Es posible que no vuelva a verte.

STELLA.—Sí que volverás a verme. Tienes que volver a verme.

SARAH.—¡Oh!, te veré en alguna otra parte. Hay otro lugar mejor que este, tesoro. *(Se oye el ruido del motor.)*

CHARLES.—*(Fuera, llamando.)* ¡Vamos, Stella!

STELLA.—*(Arrancándose.)* Tengo que ir. Adiós, Sarah querida. *(Echa una última mirada alrededor.)* Adiós, todo. (STELLA *besa a* SARAH *apresuradamente y huye, cerrando los ojos. La puerta da un golpe detrás de ella. Luego se oye cerrar ruidosamente la puerta exterior. Ruido del coche.* SARAH *va a la ventana, mira un momento, luego corre las cortinas; no queda más luz que la de la*

lumbre. SARAH *va a la chimenea y enciende una vela. El teléfono suena.* SARAH *va hacia el teléfono con la vela encendida en la mano, acerca la luz al aparato, mirándolo durante un momento con perplejidad, luego se retira lentamente a su cuarto. El teléfono llama más débilmente, la lumbre se apaga hasta que no hay más que silencio y oscuridad y nos enteramos de que el telón ha bajado y la comedia ha terminado.)*

FIN DE
«EDEN TERMINO»